



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Cinemateca real



Enrico, el principal ayudante de Número Uno en Roma, ha recibido un balazo en la espalda y está entre la vida y la muerte. Brigitte y Número Uno se encargarán de averiguar quién ha sido el que le ha disparado y por qué.



Lou Carrigan

Cinemateca real

Brigitte en acción - 277

Archivo Secreto - 254

ePub r1.0

Titivillus 02-05-2018

Lou Carrigan, 1979
Diseño de cubierta: Benicio
Diseño portadilla V Aniversario: XcUiDi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Preludio en Roma

Siguiendo las instrucciones recibidas, Enrico se instaló en Viale Papareschi, muy cerca del puente de la Industria, que pasa sobre el río Tíber, en Roma.

Eran las diez de la noche. A partir de ese momento, podía aparecer la persona o personas encargadas de entregarle un pequeño paquete a Enrico, el cual, a su vez, debería entregar un portafolios que, evidentemente, contenía dinero. Enrico no sabía cuánto, ni en verdad le interesaba gran cosa la cantidad que contuviese el portafolios.

Lo que a Enrico le interesaba era, como siempre, meter las narices por todas partes, lo cual es el mejor modo de enterarse muchas veces de acciones o situaciones del espionaje internacional. Y eso sí le interesaba muchísimo a Enrico, porque así, tanto él como sus amigos que trabajaban para el *signore*, podían mantener a éste siempre bien informado de cualquier incidencia que ocurriese en Roma.

Al igual que él y sus amigos en Roma, Enrico sabía que el *signore* disponía de muchísimos hombres, distribuidos en toda Europa, y en el Norte de África, que, periódicamente, le mantenían informado de todas estas cuestiones de espionaje, fricciones entre grupos políticos o económicos, pero estas menudencias no interesaban nunca al *signore*, el cual sólo intervenía cuando el asunto era de una envergadura, que mereciese su directísima acción.

En todo esto estaba pensando el buen Enrico cuando apareció, por fin, el coche en Viale Papareschi, procedente de Viale Guglielmo Marconi.

Como quiera que Enrico había sido advertido de que posiblemente su contacto llegaría en automóvil, se alertó, y se quedó mirándolo fijamente.

En efecto, pocos segundos después, el automóvil detenía su lenta

marcha frente a Enrico, que, de acuerdo a lo convenido, estaba apoyado de espaldas a la pared, con una pierna flexionada de modo que la suela del zapato entraba también en contacto con la pared, y, sobre este muslo alzado, sostenía el portafolios con las dos manos. Por supuesto, con semejante actitud y estampa fue identificado. Y en cuanto el coche se detuvo, Enrico se separó de la pared y se acercó a la ventanilla posterior derecha.

El cristal de esta ventanilla bajó, y cuando Enrico estuvo delante apareció una gran mano que casi le hizo respingar. Aunque realmente no había por qué sorprenderse ni asustarse. Era simplemente la enorme mano de un hombre de raza negra que, a juzgar por el tamaño de la mano, debía ser gigantesco.

Del interior del automóvil llegó una voz en perfecto italiano:

—¿Me entrega usted el portafolios, por favor?

Enrico se inclinó. Sabía que no debía hacerlo. Sabía que simplemente debía entregar el portafolios por la ventanilla y recibir el pequeño paquete. Sin embargo, él se inclinó al mismo tiempo que introducía el portafolios por la ventanilla.

—Aquí lo tiene, señor —dijo.

En el asiento trasero del coche, un hombre de raza negra y, efectivamente, de considerable estatura y desarrollo muscular, se quedó mirando con honda fijeza a Enrico.

Pero éste se desentendió bien pronto de Enrico. Sacó unas grandes y fuertes tijeras de jardín y, de dos secos tajos, cortó las correas que sujetaban los cierres del portafolios. Abrió éste, y sus largos dedos sacaron unos fajos de billetes. Billetes americanos. Con un simple vistazo, el experto Enrico calculó que habrían allí no menos de doscientos cincuenta mil dólares.

El negro volvió a colocar los fajos de billetes en el portafolios, dejó caer la ya inservible tapa de éste, y volvió a mirar a Enrico, mientras del bolsillo interior de su chaqueta sacaba un pequeño paquete, que entregó al romano.

—Supongo que la cantidad está correcta —dijo secamente—. Entréguele esto a su jefe, y dígale que tenga mucho cuidado en cómo hace las cosas.

—Sí, señor. ¿Eso es todo lo que debo decirle?

—Es suficiente —gruñó el negro.

Luego, dijo algunas palabras en un idioma que Enrico no

entendió, y el conductor, también negro, que estaba al volante, reanudó la marcha por Vía Papareschi hacia Ponte Industria.

Enrico se preocupó entonces, por supuesto, de mirar la matrícula del coche. No había querido hacerlo antes porque cuando vio aparecer el coche no estaba seguro de que fuese éste el que le interesaba. Pero ahora lo sabía seguro, así que decidió anotar la matrícula.

No pudo ser.

Sin duda alguna, poco antes de llegar al lugar de la cita los dos negros se habían ocupado en ensuciar la matrícula de tal modo que era imposible verla. Y por supuesto, en cuanto hubiesen rodado lo suficiente para alejarse de Enrico, volverían a limpiarla.

«Son muy listos —pensó Enrico, sonriente—. Pero apuesto algo que si al *signore* le interesara este asunto, sería más listo que todos ellos juntos».

Pensando esto, y con el pequeño paquete en un bolsillo, Enrico caminó también hacia Ponte Industria, en pos del automóvil, que desapareció muy pronto de su vista.

Estaba ya Enrico muy cerca de Ponte Industria cuando tuvo una de aquellas premoniciones que, en términos vulgares, suele llamarse sexto sentido.

Volvió la cabeza, convencido de que alguien le estaba siguiendo, pero no pudo ver a nadie.

Preocupado, Enrico se dispuso a alejarse rápidamente de aquellos lugares poco convenientes, puesto que, de cualquier punto y en cualquier momento, podía aparecer persona o personas desconocidas y agredirle.

Estaba Enrico apretando el paso y llegando ya muy cerca de Ponte Industria, cuando, simplemente, en la espalda notó aquel suave golpecito.

Un suave golpecito que, él lo sabía muy bien, era ni más ni menos que un balazo.

Emitió un gemido, cayó de rodillas, y acto seguido, de bruces. Por un instante, que a Enrico le pareció una eternidad, todo fue absolutamente negro ante sus ojos. Como si, de pronto, todas las luces de la ciudad de Roma se hubiesen apagado. Pero fue un instante brevísimo, y Enrico volvió a ver con plena nitidez todo cuanto le rodeaba.

Todavía en el suelo, Enrico sacó su pistola, y miró hacia atrás. Debía estar herido de bastante importancia, porque la vista se le volvía a nublar. Era como si a su alrededor todo estuviera protegido por una extraña cortina, de cristal arrugado y oscuro.

Sin vacilar, y sin detenerse a fijar la puntería, ni poco ni mucho, Enrico apuntó hacia el lugar desde donde le habían disparado y apretó el gatillo de su pistola, que como la de su desconocido o, cuando menos, invisible agresor, llevaba también silenciador.

¡Plop!, chascó suavemente la pistola de Enrico.

¡Plop, plop, plop!, disparó tres veces más.

Acto seguido, comprendiendo que era su única oportunidad de huir, de conservar la vida, Enrico se puso en pie, y, tambaleándose, aprovechó el momento en que sin duda alguna su agresor o agresores se habían cobijado para protegerse de sus disparos, y continuó corriendo hacia Ponte Industria.

Pero todo estaba fallando ya muy considerablemente en el organismo de Enrico. Solamente había una cosa que funcionaba todavía a la perfección: su instinto de conservación. Enrico sabía que tenía que escapar de aquel lugar, esconderse de modo que su agresor o agresores no le encontrasen. Porque si le encontraban, desde luego no podría hacerles frente.

Y así, con esta idea impulsando su cuerpo, Enrico continuó huyendo.

Pero no en la dirección que él deseaba.

No supo hacia dónde, ni cómo corrió.

Todo lo que supo finalmente, en un momento dado, fue que su cuerpo se hundió en el agua.

En las oscuras, lentas y tibias aguas del río Tíber a su paso por la Ciudad Eterna.

Capítulo primero

Sacó la cabeza de las azules, transparentes y frescas aguas de la piscina, y, tras sujetarse al borde, se izó lo suficiente para poder verlo a él.

Número Uno continuaba tendido sobre una toalla colocada en el césped que rodeaba la piscina.

Tendido de espaldas, ofreciendo su rostro y pecho al sol. Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos, bronceado, delgado y musculoso, ofrecía la más viril estampa que mujer alguna pudiese desear. Era el perfecto león, en completo reposo.

Durante más de un minuto, Brigitte Montfort estuvo contemplando al hombre que amaba. En Villa Tartaruga, la residencia de Número Uno, el silencio era total, la paz increíble. Bajo el refulgente sol que bañaba la isla de Malta, Villa Tartaruga era un oasis de verdor y de frescor. Un oasis de paz y tranquilidad, de total silencio, donde los dos espías estaban reunidos una vez más disfrutando de su amor.

Un amor tan poco corriente que, en ocasiones, Brigitte Montfort, la peligrosísima agente Baby de la CIA, se sentía incluso asustada. Pero, en realidad…, ¿por qué temer nada? Había muchas personas en el mundo que se amaban, y nada les ocurría. Toda su vida transcurría en paz y amor. ¿Por qué no podía ocurrir lo mismo con ellos? ¿Acaso por el simple hecho de ser espías, debían estar siempre con el temor de perderlo todo? Por otra parte, eran muy pocas las personas en el mundo que conocían la verdadera actividad de los dos espías que periódicamente se reunían en Villa Tartaruga. Por un lado, el peligrosísimo Número Uno era conocido por su pública personalidad de Angelo Tomasini, ciudadano italiano que se había afincado ya hacía años en Malta y que, últimamente, debido a su personalidad e inteligencia, estaba recibiendo muchas ofertas por

parte del Gobierno de esta reciente república para colaborar en su progreso, en todos los órdenes.

Otro tanto sucedía aproximadamente con la señorita Brigitte Bierrenbach Montfort, periodista famosa en el mundo entero, que trabajaba en el periódico neoyorquino quino Morning News. Esto, de modo oficial. Extraoficialmente, y de un modo secreto, la señorita Montfort hacía ya muchos años que se había convertido en la más famosa espía del tinglado internacional de secretos importantes.

—¡Graaaccc…, graaaccc…! —Oyó Brigitte por encima de ella.

Inmediatamente, alzó la cabeza, con un gesto vivo, y sonrió al ver una solitaria gaviota que pasaba por encima de Villa Tartaruga, en dirección al puerto de La Valetta.

Estuvo mirándola hasta que fue tan diminuta, bajo el cielo azul de cegadores reflejos, que ya no podía seguir disfrutando del majestuoso vuelo. Para algunas personas, las gaviotas son simples aves marinas, comedoras de carroña, pero para Brigitte Montfort, las gaviotas habían significado siempre el símbolo del mar, que era, a fin de cuentas, lo que más le gustaba en el mundo.

Además, y por si esto era poco, ella misma, Brigitte Montfort, había sido en cierta ocasión una gaviota.

Desechando los recuerdos de peligros pasados, Brigitte Montfort volvió a sumergirse en las transparentes aguas de la piscina, estuvo un par de minutos nadando, y por fin, salió. Chorreando fresca agua, se dirigió, pisando cuidadosamente el césped, hacia donde Número Uno continuaba tostando al sol su ya bronceado cuerpo.

Brigitte sabía que era capaz de deslizarse con un sigilo que nadie podría captar. Sin embargo, cuando se detuvo junto a Número Uno, sabía que él la había oído perfectamente.

No era fácil sorprender a Número Uno.

Pero Brigitte siempre se las arreglaba para conseguirlo, de un modo u otro. Esta vez recurrió a un procedimiento que hizo respingar a Número Uno. Se inclinó hacia él, y de pronto se colocó sobre su cuerpo, que ardía bajo el sol. Al recibir la súbita impresión del agua fría. Número Uno no pudo evitar aquel respingo.

—¿Cuándo dejarás de ser una niña? —refunfuñó Uno.

Brigitte, que había estado nadando sin bañador, se quedó mirando, estupefacta, al hombre que amaba.

—¿Realmente te parezco una niña, mi amor?

—Una niña mimada, caprichosa y traviesa —asintió él al momento.

—¿Ese es el concepto que tienes de mí? —susurró ella, mientras con sus brazos le rodeaba el cuello.

—Ese es el concepto que tengo de ti exactamente.

—Bueno, quizá tengas razón en algunas cosas, mi amor. Pero admite, por lo menos, y admítelo ahora mismo, que ya no soy una niña precisamente.

Mientras decía esto, Brigitte obligó a Número Uno a inclinar más la cabeza, y cuando terminó de hablar, la besó en los labios.

De nuevo los dos en silencio, al sol, como si estuviesen solos en el Universo, Brigitte Baby Montfort y Número Uno estuvieron besándose tan largamente que fue como si pasaran incluso siglos.

Finalmente, fue ella la que, al borde de la asfixia, separó sus labios de los de él, y suspiró profundamente.

—¿Te gustaría que fuésemos a cenar a alguna parte? —propuso Número Uno.

—¿A alguna parte? —Alzó Brigitte las cejas—. ¿A qué parte?

—Podemos ir adonde tú quieras: Roma, Trípoli, Túnez…

Estaban en la isla de Malta, pero Número Uno podía hablar así porque para llevar a Brigitte adonde ella quisiera, solamente tenían que ir al aeropuerto de Lucqa, dónde él tenía su formidable avioneta, y despegar.

—¿Y por qué tenemos que ir a ningún sitio, pudiendo estar los dos aquí?

—Pensé —pareció sorprenderse Número Uno— que quizá pudieras empezar a aburrirte, en estos días de descanso. A fin de cuentas, no hace mucho estuviste en un hotel tan bien ambientado como es el Cap Sa Sal.

—Oh, sí —asintió ella—. Estuvimos muy bien allí, ¿verdad?

—Supongo que, como siempre, estás hablando en broma —movió él la cabeza—. De todos modos, si quieres podemos volver al Cap Sa Sal a pasar allí unos cuantos días. Es de esperar que no siempre vaya a suceder lo mismo.

—No quiero ir a España —negó Brigitte.

—¿Argel, quizá?

—No.

—Emm… ¿Túnez?

—No.

—¿Roma?

—¿Por qué insistes tanto? —Se mosqueó ella—. ¿Acaso estás deseando que me marche?

—Solamente pensabas que quizá empiezas a aburrirte en Villa Tartaruga.

—Esta mañana estás más antipático que de costumbre, mi amor —sonrió ella, besándole en los labios—. Sabes muy bien que, por ahora, no tengo ningún deseo de marcharme. Cuando quiero hacerlo, lo notas enseguida. Y ahora, como te estás dando perfecta cuenta de que no tengo intenciones de abandonar nuestro paraíso privado, te estás vengando de mí, recordándome las muchas veces que me he marchado antes de lo que tú habrías deseado.

—¿No te parece que me supones demasiado maquiavélico?

—Todos los espías somos maquiavélicos —aseguró ella—. Yo también, por supuesto.

—Por supuesto —asintió él.

—¡Oh! —exclamó Brigitte, simulando enfado—. Estaba convencida de que dirías que yo no era maquiavélica, sino angelical.

—Bueno —reflexionó Número Uno—, digamos que eres angelical…, pero que eres capaz de ser también absolutamente maquiavélica.

—¿Y cómo me prefieres tú?

—¿Yo?

—Sí, tú. Estamos hablando los dos solos aquí. ¿O quizá tienes escondida algunas ratas en el jardín?

—No —aseguró Número Uno—. Aquí no queda ya ninguna rata. Lo que sí tengo en la parte de atrás de la casa es una gran jaula, llena de palomas mensajeras.

Brigitte miró, en verdad sorprendida, a Número Uno.

—¿Estás tratando de decirme algo, mi amor? Porque sé perfectamente, desde hace tiempo, que tienes una jaula con palomas mensajeras detrás de la casa.

—Pues, lo único que trato de decirte es que, hace unos minutos, mientras tú nadabas con tanto entusiasmo y alboroto, salpicando agua a todos lados, como una niña terremoto, llegó una paloma

procedente del Norte.

—¿De Roma? —exclamó Brigitte, sentándose rápidamente en la hierba.

—No he debido decirte nada —se desencantó Número Uno, que evidentemente se había encontrado muy a gusto abrazado a ella—. Cada vez que llega una de mis palomas, ocurre algo que nos priva a los dos de nuestra tranquilidad e intimidad.

—¿Es de Roma la paloma? —insistió Brigitte.

—No lo sé. Yo he dicho del Norte. Puede, efectivamente, proceder de Roma tras las escalas convenientes, o puede venir de Sicilia.

—Y ahora vas a decirme —frunció ella el ceño— que, provenga de donde provenga, no nos interesa cuál es el mensaje que traiga esa paloma. ¿No es así?

—Así es, en efecto.

—¿Y si trajese un mensaje verdaderamente interesante? —insistió la divina espía.

Número Uno estuvo reflexionando unos segundos, y, por fin, demostró hasta qué punto las decepciones y mentiras de la vida le habían enseñado a ser sensato.

—No creo que haya en el mundo nada que sea más importante que tú y, que yo.

—¿Ni siquiera toda la humanidad? —murmuró la agente Baby.

—La humanidad, mi amor, ha sobrevivido hasta ahora sin nosotros, y cuando nosotros desaparezcamos, continuará sobreviviendo. Ahora bien —alzó rápidamente las manos Número Uno, como pidiendo una tregua—, yo ya sé que, si no hubiera sido por la agente Baby, la humanidad entera habría pasado una gran serie de calamidades, que tú has podido evitarle.

—Ya te estás burlando de mí otra vez.

—No me burlo de ti. Lo único que pienso es que yo también formo parte de la humanidad.

—¿Qué quieres decir con eso? —se sorprendió Brigitte.

—Quiero decir que deberías dedicarme a mí el mismo tiempo que a la humanidad, pues, como simple ser humano, tengo derecho a ello. Y no hablo ya como el hombre que se supone que amas, sino como simple ser humano.

—¡El hombre que «se supone» que amo! —exclamó Brigitte, con

tono dolido—. ¿Qué estás diciendo, mi amor?

—Digo que, como simple ser humano, yo debería disponer de ti el mismo tiempo que concedes a la humanidad. Y si a esto añadimos que parece ser que me amas como compañero de tu vida, deberías dedicarme aún más tiempo del que me correspondería como simple ser humano. Y no es así.

—¿Sabes lo que pienso de ti, *signore* Angelo Tomasini, alias Número Uno, terrible espía? —dijo Brigitte, con tono irritado.

—No. Y me gustaría saberlo.

—Pues pienso, que, cada día que transcurre en nuestras vidas, eres más y más egoísta.

—En efecto —asintió él—. Pero advierte que solamente soy egoísta de ti. En las demás cosas, no puedes decir que sea egoísta.

—Eso quiere decir —reflexionó Brigitte— que soy lo que más amas en este mundo.

—No eres lo que más amo en este mundo —negó él.

—¿No? —Palideció con una intensidad increíble y con auténtico sobresalto Brigitte Montfort.

—No. No eres lo que más amo en el mundo…, sino lo único que amo en el mundo.

Brigitte Montfort cerró los ojos, y sus labios temblaron un instante, mientras el color volvía a su rostro. Número Uno la volvió a abrazar, la besó en los labios, y luego la mantuvo apretada contra su pecho, de nuevo los dos inmóviles y en silencio.

Hasta que, por fin, Brigitte musitó, todavía con voz un tanto aguda:

—Te has complacido mucho en darme el mayor susto de mi vida, ¿verdad?

—¿Tanto significa para ti serlo todo para mí? —murmuro Uno.

Brigitte volvió a abrazarse a Número Uno, esta vez rodeando la musculosa cintura con sus suaves bracitos, que, como todo su espléndido cuerpo, parecía hecho de oro y de sol.

—No sé por qué lo preguntas siquiera —murmuró la espía—. Sabes muy bien que, aparte de desearlo siempre tanto como tú, nunca te lo he negado…

Y volvió a tenderse de espaldas en la hierba, arrastrando con ella a Número Uno…

* * *

Cuarenta minutos más tarde, Número Uno preguntó en un siseo:

—¿Eres feliz?

—¡Oh, sí, mi amor!

—No pareces muy convencida —frunció el ceño.

—Sí…, lo estoy; lo que ocurre es que sería mucho más feliz si fuésemos a ver ya el mensaje que te ha traído tu paloma mensajera.

—De acuerdo. Vamos a verlo.

Se pusieron en pie, y Número Uno se inclinó a recorrer los ligeros batines que solían utilizar para deambular por la casa y el jardín para no escandalizar a mamma María, el ama de llaves de la villa.

Poco después, entraban ambos en la gran jaula, llena de palomas mensajeras, con las que Número Uno entretenía su tiempo de ocio y descanso, y que, al mismo tiempo, le servían para estar en continuo contacto con todos sus amigos, que vivían a orillas del Mediterráneo.

Efectivamente, había una paloma mensajera en la pequeña jaula de recepción. Fue Brigitte quien la agarró cuidadosamente con sus manitas, y tras darle un beso en la suave cabeza al animal, la acercó a Número Uno, que desprendió cuidadosamente el pequeño tubo adherido a una de las pequeñas patas del ave, y que tenía en su interior el mensaje.

En esta ocasión, el mensaje era un pequeño papel muy bien doblado, y una pequeña tira de microfilme.

El microfilme era tan diminuto que aun poniéndolo a contraluz, no pudieron distinguir absolutamente nada de su contenido. Pero sí pudieron leer ambos cómodamente lo que había escrito en el papel.

Era lo siguiente:

«Enrico malherido balazo espalda. Tenía cápsula hermética con esta película, Donato».

Brigitte miró, impresionada, a Número Uno, cuyo rostro permanecía impasible.

—Lo siento, mi amor —murmuró—. Sé cuánto aprecias a Enrico. Espero que la herida no sea mortal.

—Vamos a ver qué contiene la película —susurró Uno, siempre inexpresivo.

Otros diez minutos más tarde, en el laboratorio secreto, situado en el subsuelo de Villa Tartaruga, Número Uno proyectaba en una pequeña pantalla el pequeño trozo de microfilme, llegado con la paloma mensajera.

Nada más ver la primera imagen que se proyectó en la pantalla, Número Uno se irguió vivamente, y su mirada se desplazó hacia Brigitte, que había quedado rígida.

—Lo siento —dijo—; sería mejor que fueses arriba a preparar un par de aperitivos, mi amor.

—No —movió Brigitte la cabeza—. Quiero acabar de ver todas las imágenes de ese microfilme.

—Esto no es digno de ti —protestó él—. No tienes ninguna necesidad, además, de contemplar esta sucesión de porquerías. Porque tengo la impresión de que todo va a ser lo mismo.

—No importa —insistió Brigitte—. Quiero verlo todo. Si te lo han enviado a ti, quiero saber todo lo que contiene ese microfilme.

Número Uno se resignó.

La segunda era igualmente lo que podría definirse una auténtica manifestación de la más simple y repugnante pornografía.

El total de fotografías, a cual más impresionante, era de siete. En cada una de ellas, Brigitte y Número Uno habían podido presenciar espectáculos amatorios que, por supuesto, sobrepasaban todo lo que pudiera concebirse, en unas relaciones de auténtico amor.

Por fin, Número Uno apagó el proyector, y, durante unos segundos, ambos quedaron silenciosos, hasta que Brigitte, volviendo la cabeza hacia él, murmuró:

—Supongo que esto no forma parte de determinado bloque de material para distraerte que acostumbra a enviarte tu amigo Donato, mezclándolo con mensajes alarmantes.

—Me voy a Roma ahora mismo —replicó él, aceptando la broma de Brigitte—. Sería conveniente que me esperases aquí, Brigitte.

—¡Santo cielo! —Se llevó ella graciosa y cómicamente las manos a la cabeza—. ¡A ver si es cierto que quieres deshacerte de mí para reunirte con esa negrita calva en Roma!

—Me lo temía —hizo Número Uno un gesto de resignación—. No vas a aceptar quedarte aquí sola, ¿verdad?

—Cada vez me gusta menos separarme de ti —musitó Brigitte—. Y por otra parte, quizá pueda ayudarte a hacer algo por tu amigo

Enrico. De todos modos, si tú no quieres, no iré contigo a Roma.

—De ninguna manera le privaría a Enrico el placer de volver a ver a la *signorina*. Vamos arriba. Mientras tú preparas los martinis, voy a ver si consigo contacto con Roma para que nos estén esperando esta misma tarde en el aeropuerto.

Capítulo II

En el aeropuerto Leonardo da Vinci, en Fiumiciho, a pocos kilómetros de Roma, les estaba esperando Donato. Donato era el lugarteniente de Enrico, en Roma, para todos los trabajos que estuviesen encaminados a proporcionar información o servicios al *signore*. Y el *signore*, esto es Angelo Tomasini, o mejor aún, Número Uno, pasó por alto el gesto de pasmo de Donato, que contemplaba con ojos desorbitados a Brigitte, para preguntar:

—¿Cómo está Enrico?

Donato consiguió con un, en verdad, grandioso esfuerzo, salir del pasmo y la fascinación que le ocasionaba la contemplación de la bellísima *signorina*, y pudo por fin volver sus ojos hacia el único hombre al que realmente había admirado en su vida.

—Enrico está mal, *signore* —musitó—. Pero el médico dice que no morirá de ésta.

—Llamasteis a nuestro médico, naturalmente.

—Sí, *signore*, naturalmente. Vino nuestro médico enseguida, y se ocupó de Enrico, con todos los medios necesarios. Como siempre, le dijimos que el dinero y cualquier gasto que ocasionase su trabajo no tenía la menor importancia.

—De acuerdo. Ante todo, vamos a ver a Enrico, Donato. Y por el camino, me explicarás exactamente lo que sucedió.

Poco después, en el coche con el que Donato había pasado a recoger al *signore*, viajaban los tres hacia Roma, por la formidable autopista. Dirigiendo de vez en cuando miradas por el retrovisor a Número Uno y a Brigitte, que viajaban en el asiento posterior, Donato explicó lo poco que sabía.

—En realidad, *signore*, no sabemos prácticamente nada. Pierino, ya sabe usted, *signore*, el de Trastevere, me llamó por teléfono anoche, y me dijo que Enrico había aparecido en su casa, muy mal herido, y que no tuvo tiempo de decirle nada. Parece ser que Enrico

había caído al río, porque llegó completamente empapado a la casa de Pierino. Tan empapado estaba, que Pierino tardó un poco en darse cuenta de que su agotamiento no era debido al baño en el Tíber, sino al balazo que tenía en la espalda.

»Entonces, claro, inmediatamente Pierino me llamó a mí, yo acudí a su casa, y cuando vi el estado en que se hallaba Enrico, avisé inmediatamente a nuestro médico. Mientras el médico llegaba, registré a Enrico, y encontré esta cápsula metálica —Enrico la sacó de su bolsillo, y la tendió hacia atrás, sin volver la cabeza— en uno de sus bolsillos. Como no sabía de qué iba el asunto, pues claro, conseguí abrir la cápsula y vi el pequeño microfilme… Luego lo pasé con un pequeño proyector de mano… ¿Ha visto usted las fotografías, *signore*?

—Sí —murmuró Número Uno.

—Primero me divirtieron —refunfuñó Donato—. Pero pronto comprendí que había algo verdaderamente inquietante en esas fotografías. Además, nosotros sabemos muy bien que Enrico nunca se ha dedicado a negociar con esta clase de material. Así que, entre que tenía a Enrico casi muriéndose, y lo sorprendente de la película, me pareció que debía avisarle a usted, y puse en marcha todos los mecanismos, enviando la primera paloma.

—Hiciste bien —asintió Número Uno—. Entiendo que Enrico está ahora en casa de Pierino, en Trastevere.

—Por supuesto, *signore*. Sería una gran imprudencia trasladar a Enrico, en las condiciones en que se encuentra.

—De acuerdo. ¿Hay alguna dificultad o inconveniente en que vayamos ahora mismo a casa de Pierino?

—Claro que nó, *signore*. Al contrario, todos estamos deseando que vaya usted allí, porque Enrico dijo a Pierino algunas palabras a las que ni Pierino ni yo hemos podido encontrarle ningún significado. Y quizá usted sí sepa encontrárselo.

—¿Qué palabras son ésas? —se interesó vivamente Angelo Tomasini.

—Bueno, *signore*, nosotros pensamos que Enrico estaba muy mal, y que realmente no sabía lo que decía. Al menos, nosotros no entendimos absolutamente nada. Además, hablaba en inglés y en italiano a la vez.

—¿En inglés y en italiano a la vez? —se sorprendió Uno—. No

me parece propio de Enrico esta incoherencia. ¿Recuerdas exactamente las palabras que él le dijo?

—Sí, *signore*. Fue muy poca cosa, en realidad. Pierino asegura que Enrico dijo algo así como que en el Albergo Parigi había un zorro.

—¿Tiene eso algún significado para vosotros?

—No, *signore*. En absoluto. Pensamos que quizá usted le encontraría alguno.

—Por el momento, no —negó Número Uno—. ¿Se te ocurre a ti algo?

Brigitte estuvo unos segundos todavía pensativa, y al fin preguntó:

—Supongo que el Albergo Parigi es un hotel. Donato.

—Sí, *signorina*. Es un hotel que está en el 140 Vía Constantino. Su nombre en italiano, claro, es Albergo Parigi. O sea, Hotel París. Pero claro, estuvimos allí a echar una ojeada, y no nos parece el lugar más adecuado para que hayan zorros. La verdad es que no podemos entender lo que dijo el pobre Enrico.

—¿Y todavía no puede hablar?

—No, *signorina*. Está muy mal el pobre Enrico, muy mal.

—Bueno —dijo Brigitte con una frialdad que desconcertó y casi asustó a Donato—, ya verá usted cómo, entre el *signore* y yo vamos a organizar una adecuada cacería de zorros, en honor del buen Enrico.

Poco después, el coche conducido por Donato entraba en Roma por Via del Mare y subía rápidamente hacia el Trastevere, el barrio donde Pierino tenía su domicilio. Después de cruzar el puente sobre el río Tíber, se introdujeron ya en pleno Trastevere, dejando atrás Piazzale de la Radio, cerca de la cual tuvo que dejar abandonado Donato el coche. Efectuaron el resto del camino a pie hasta llegar al domicilio de Pierino.

Eran entonces aproximadamente las ocho de la tarde.

Pierino era un hombrecillo menudo y calvo, con carita de ratón y grandes ojos negrísimos, que eran los que más contribuían a darle el aspecto de este roedor. Al ver a Número Uno, la admiración, casi la fascinación, apareció en los ratoniles ojos. Pero el colmo de la estupefacción fue cuando, después de ver al *signore*, pudo ver junto a él a la hermosísima *signorina* que le acompañaba.

—Es el *signore*, Pierino —dijo Donato.

—Sí, sí —asintió Pierino, embobado—. Ya lo he supuesto, Donato.

—Y la *signorina* —señaló Donato con la barbilla—. Bueno, la *signorina* es… pues es la *signorina*.

Pierino asintió, todavía estupefacto, y señaló hacia el interior de su misérrimo domicilio. Número Uno y Brigitte fueron tras él, seguidos de Donato, que cerraba la marcha. Era una casucha destartalada y de triste iluminación, que obligó a Número Uno a volver la cabeza y mirar con el ceño fruncido a Donato. Éste encogió los hombros con un gesto expresivamente italiano, y se disculpó:

—El propio Enrico le ha dado muchas veces dinero a Pierino para que se fuese a vivir a otra casa, signare. Pero Pierino nunca ha querido marcharse del Trastevere.

—¿Qué dice de Pierino? —Se volvió éste en redondo, al oír su nombre.

—Nada, viejo loco —refunfuñó Donato—. Estaba hablando con el *signore*.

—Pero yo he oído que me mencionabas.

—Bueno. Sólo decía que eres un viejo chiflado, que no quieres ir a vivir a un sitio mejor que éste.

—¿Mejor que el Trastevere? —Se pasmó de nuevo Pierino—. ¡Santa Madona, eso es imposible!

En pocos segundos, llegaron a la habitación donde yacía Enrico. Una habitación pequeña y por supuesto mal iluminada, pero que tenía al fondo una gran ventana, que dejó sorprendida a Brigitte, por el aroma que penetraba. Aroma justificado por las ramas de naranjo que se veían desde allí mismo. Aquella ventana debía dar a un pequeño patio interior o jardín, donde la presencia de aquel naranjo, que quizá no fuese el único, resultaba quizá no demasiado sorprendente.

Pero la atención de Brigitte, al igual que la de Número Uno, se centró inmediatamente en Enrico. Enrico hacía bastantes años que trabajaba para Número Uno, y no hacía mucho, precisamente, había colaborado con éste y con Brigitte en un asunto que, naturalmente, había sido resuelto favorablemente por los dos espías.

Ahora, el buen Enrico, joven y atractivo, yacía en el camastro,

mostrando unas facciones exangües y lívidas. Era como si su carne se hubiese convertido en goma blanda, que fuese deslizándose, como derritiéndose. Estaba tan delgado, tan desencajadas sus facciones, que la primera impresión que se recibía al verlo era de que estaba muerto.

Pero, tras colocarle las yemas de dos dedos en un lado del cuello, Brigitte miró a Número Uno, y movió afirmativamente la cabeza.

—Todavía está vivo —susurró.

—¿Dónde está el médico? —Volvió Número Uno la cabeza hacia Donato.

—Salió a cenar, signare —dijo Pierino—. No creo que tarde más de quince o veinte minutos en volver. El pobre hombre no se ha movido de junto a Enrico, desde que lo llamamos.

—De acuerdo —asintió Número Uno—. Ya sabes que cuando a uno de mis amigos alguien lo pone en dificultades, los demás tienen que ayudarle hasta el último límite tanto en lo personal como en lo económico. ¿Hay alguna duda a este respecto, Pierino?

—No, signare, claro que no.

—Está bien. Dime ahora qué es lo que te dijo exactamente Enrico, cuando vino aquí.

—Bueno…, él vino completamente empapado, *signore*, y apenas podía tenerse en pie. Cuando abrí la puerta, el pobre Enrico cayó en mis brazos, y aunque al principio creí que estaba algo así como borracho, pronto comprendí que no se encontraba bien. Pero todavía tardé un poco en darme cuenta de que tenía sangre en la espalda. Luego, cuando vi que le habían disparado, lo traje enseguida aquí, lo puse en la cama, y salí corriendo para telefonear a Donato. Y Donato ha sido el que se ha encargado de todo, a partir de entonces.

—De acuerdo. Todo esto ya me lo ha explicado Donato. Quiero que me digas ahora qué es lo que te dijo exactamente Enrico cuando llegó aquí.

—Pues, *signore*…, lo único que puedo decirle es que Enrico dijo que había zorros en el Albergo Parigi.

—Según yo entiendo, Enrico habló la mitad en inglés y la mitad en italiano. Al menos, eso es lo que me ha dicho Donato. ¿Fue así?

—Sí, *signore*.

—Bueno, dime exactamente qué palabras dijo Enrico en inglés y qué palabras dijo en italiano.

—Pues Enrico dijo en italiano las palabras Albergo Parigi…, y luego dijo «zorros» en inglés.

Número Uno quedó pensativo durante casi un minuto, y luego volvió su mirada interrogante hacia Brigitte, que estaba esperando precisamente esto, y en cuanto se vio mirada por Número Uno, murmuró:

—Quizá sería conveniente que yo me adelantase. Y lo más razonable, en estas circunstancias sería que nos alojásemos por separado.

—De acuerdo —asintió Angelo Tomasini.

Desvió la mirada hacia Donato, y ordenó:

—Ve con la *signorina* hasta el coche, Donato, y entrégale su maleta.

—Sí, *signore*. Pero yo puedo llevar con mucho gusto a la *signorina* al Albergo Parigi.

—No —sonrió levemente Brigitte—. Sólo tiene que entregarme mi maleta, Donato. Del resto me encargaré yo, precisamente.

Donato todavía miró sorprendido a Número Uno, pero para éste la cuestión estaba zanjada. Parecía que en aquel momento, lo único importante era Enrico, y por otra parte, Donato tenía la desconcertante impresión de que el *signore* y la *signorina* se habían entendido perfectamente con tan pocas palabras que para él, francamente, no eran lo suficientemente explicativas de la situación.

Pero no sería él, ciertamente, quien discutiese con el *signore* o dudase de la claridad de juicio de éste. Así que todo lo que tenía que hacer Donato era volver con la *signorina* al coche y entregarle su maleta.

Así lo hizo.

Volvieron los dos adonde estaba el coche. Donato sacó la maleta de Brigitte, ésta se despidió, con una sonrisa, del todavía desconcertado italiano, y se alejó. No demasiado; hasta encontrar un taxi, que llamó con un gesto. Poco después, la señorita Brigitte Montfort, instalada en un auto de alquiler, viajaba ya hacia Vía Constantino, donde, en el número 140, estaba el Albergo Parigi, en el cual, al parecer, había zorros.

* * *

Debían ser casi las tres de la madrugada cuando la pequeña radio de bolsillo, depositada en la mesita de noche, colocada a un lado de la cama dio su suave zumbido de llamada.

Ni siquiera llegó al tercer zumbido, porque una delicada mano femenina la tomó en la oscuridad, y un finísimo dedito apretó el botón que abría el canal de contacto.

—¿Sí, mi amor? —susurró la voz femenina, en la oscuridad.

—He llegado hace unos minutos al hotel —sonó en tono bajo la voz de Número Uno—. Estoy en la 512. ¿En qué habitación estás tú?

—La 409.

—De acuerdo.

Brigitte apretó el botón que interrumpía el contacto, y volvió a dejar la radio sobre la mesita de noche. Salió de la cama, y sin encender la luz, se acercó a la puerta de la habitación.

Apenas veinte segundos más tarde sonaba en la puerta un solo golpe, ni siquiera audible para un oído de capacidad auditiva normal. Pero Brigitte tenía suficiente con aquel golpecito. Abrió la puerta, Número Uno entró, y ella, tras cerrar, se colgó de su cuello.

Hubo casi dos minutos de silencio, que por supuesto fue el tiempo que los dos emplearon en besarse. Por fin, se oyó la voz susurrada de Número Uno:

—Mañana te compraré alguna ropa de dormir en el centro de Roma.

—¿Por qué vas a hacer semejante cosa? —preguntó ella, sorprendida.

—Bueno, si estás desnuda, interpreto que no tienes nada que ponerte para dormir.

—No seas tonto —se oyó la deliciosa risa de la divina espía—. ¿Cómo está Enrico?

—Según el médico, que llegó tan sólo cinco minutos después que tú te fueras, sus posibilidades de supervivencia son ahora de setenta y cinco por ciento. La cosa va mejorando, evidentemente.

—Me alegro, mi amor. Sé cuánto aprecias tú a tus amigos.

—Más o menos lo mismo que aprecias tú a tus «Simones». ¿Qué has averiguado?

—Voy a someterte a chantaje —se oyó de nuevo la contenida risa de Brigitte—. Sólo te diré lo que he conseguido averiguar con mis maquinaciones de espía de altos vuelos, si me llevas en brazos hasta la cama.

—No veo nada. Seguramente tropezaré can algo, y caeremos los dos al suelo, lo cual, ante todo, me parecerá bastante ridículo.

—Arriesguémonos. Ni a ti ni a mí nos ha asustado nunca el riesgo. En cuanto al ridículo, me parece que los dos estamos por encima de esas tonterías. Nuestra mentalidad nos permite enfocar todas las situaciones, de modo que podamos salir airosos de ellas. ¿Aceptas mi chantaje o no?

—Supongo que no tengo más remedio.

Angelo Tomasini alzó en brazos a Brigitte Montfort, y caminó en la oscuridad de la habitación 409 del Albergo Parigi, hasta que sus rodillas tropezaron con la cama. Entonces, la depositó allí, se sentó junto a ella, y se inclinó hasta que su boca encontró la de Brigitte. Tras el beso, preguntó:

—¿Y bien?

—La verdad es que ha sido sumamente fácil para la peligrosísima agente Baby, mi amor —dijo Brigitte—. Creo tener solucionado el problema de la presencia de zorros en el Albergo Parigi.

—Veamos.

—Hay alojado en el hotel un hombre que se llama Christian Wolf. ¿Comprendes?

—Por supuesto.

—El apellido Wolf significa «zorro». Es decir, que cuando Enrico dijo aquellas palabras a Pierino, pudo querer expresar que lo que le había ocurrido estaba relacionado de algún modo con un hombre llamado Wolf, alojado en el Albergo Parigi.

—No me parece buena idea dedicarme a la caza del zorro por la noche —murmuró Número Uno—, de modo que voy a esperar a mañana por la mañana. ¿Qué se te ocurre que puedo hacer, mientras tanto?

—No sé —murmuró Brigitte—. Lo que se me ocurre que desde luego no debes hacer es volver a tu habitación.

—¿Por qué no?

—Porque no está bien que me invites a una pequeña estancia en

Roma, me obligues a alojarme en un hotel de tan pocas comodidades como es éste, y encima me dejes abandonada.

—Tienes razón. Eso sería muy descortés por mi parte, ¿verdad?

—Descortés y tonto —rió deliciosamente Brigitte, buscando en la oscuridad los labios de Número Uno—. Ven, mi amor, vamos a olvidarnos de todo, ahora; y mañana temprano, si quieres, podemos empezar los dos la cacería del zorro.

Capítulo III

—¿Señor Wolf?

Christian Wolf alzó la cabeza, y miró al hombre que acababa de sentarse en el sillón contiguo al que estaba ocupando él en el vestíbulo del Albergo Parigi. Y por supuesto, Wolf quedó impresionado al contemplar aquel ejemplar de metro ochenta y cinco, cabellos color cobre, y ojos negrísimos que le contemplaban como si pudiesen perforar hasta lo más profundo. Por otra parte, la complexión, la elegancia del recién aparecido, eran de una naturalidad increíbles.

—¿Quién es usted? —musitó Wolf.

—Quizá llegue a decírselo, Si antes estoy seguro de que es usted Wolf.

—Lo soy —asintió éste.

—A mi puede llamarme Angelo. Soy amigo de Enrico.

Christian Wolf palideció, y se irguió vivamente. Luego, soltó una maldición por lo bajo, y finalmente, masculló:

—¡Maldito sea ese sinvergüenza! ¿Dónde demonios se ha metido? ¿Por qué no vino a traerme lo convenido?

—Enrico ha muerto, señor Wolf.

—¿Qué? —exclamó Wolf.

—Lo ha oído bien. Está muerto.

—¿Dónde está el cadáver? ¿Lo tiene usted?

—Lo tiene un amigo común de Enrico y mío. ¿Por qué le interesa su cadáver, señor Wolf?

—Me interesa su cadáver porque Enrico debía traerme anteanoche algo que le entregó una persona para mí. Pero Enrico no apareció…, y a decir verdad, todavía estoy pensando que quiso dárselas de listo, quedándose el objeto que tenía que trasladar como simple intermediario.

Angelo movió negativamente la cabeza.

—No. Enrico no haría eso, señor Wolf. Simplemente, recibió un balazo en la espalda, no sabemos cómo, cayó al río y después apareció en el domicilio de un amigo común que ya le he mencionado. Solamente tuvo tiempo de mencionar el nombre de usted y el de su hotel, y murió.

—¿Lo han registrado? —se interesó ansiosamente Wolf—. ¿Qué han encontrado en sus bolsillos?

—No hemos encontrado en los bolsillos de Enrico nada que no fuese lo habitual. Quizá él no tuvo ni siquiera tiempo de cumplir su encargo.

—Sí, lo cumplió. Lo sé porque la persona qué le entregó el paquete me ha dicho que recibió a cambio el portafolios, con una cantidad de dinero que yo le enviaba.

—Si lo entiendo bien, señor Wolf, usted utilizó a Enrico como intermediario para ir a entregar una cantidad y recoger algo de manos de otra persona.

—Así es.

—¿Y no podría ser la misma persona la que disparó contra Enrico por la espalda, después de recoger el dinero y entregarle su encargo?

—¿Con qué objeto? —se sorprendió Christian Wolf.

—Pues, sencillamente, con el objeto de recuperar lo que fuese que tenía que llegar a manos de usted, considerando que él ya tenía el dinero. Pudo pensar que, matando a Enrico, recuperaba el objeto y tenía ambas cosas.

Christian Wolf se quedó durante unos segundos contemplando con estupefacción a Angelo Tomasini. Luego frunció el ceño, y quedó meditando muy seriamente la sugerencia del espía. Finalmente, hizo un gesto negativo.

—No. No lo creo, señor Angelo. Puestos a desconfiar, desconfiaría más de Enrico que de esa otra persona.

—De acuerdo; Sin embargo, no conociendo incluso a esa otra persona, puedo decirle que está equivocado. Una pregunta: ¿Cómo conoció usted a Enrico?

—Bueno…, ya sabe… Uno llega a una ciudad, importante como Roma, y, si está introducido, digamos, en un ambiente un tanto aventurero y arriesgado, pronto llega a conocer a personas de las actividades de Enrico. Aventureros que están dispuestos a todo, por

unos cuantos dólares, ya sabe.

Angelo Tomasini, Número Uno, asintió con un seco gesto.

—Sí, ya sé. Pero, señor Wolf, Enrico no era un simple y vulgar aventurero, sino qué formaba parte de una… pequeña organización de buenos amigos que constituimos un bloque muy unido.

—¿Y usted pertenece a esa organización?

—Así es.

Christian Wolf miró detenidamente de arriba abajo al impresionante Número Uno, y de pronto, sonrió.

—Bueno, señor Angelo, si usted pertenece a cualquier tipo de organización, no puedo tener la menor duda de que tiene que ser el jefe de esa organización. ¿Me equivoco?

Número Uno no se dignó contestar a esta pregunta. Se quedó mirando fijamente a Wolf durante unos segundos. Luego, encendió un cigarrillo, y tras contemplar meditativamente el humo que se esfumaba hacia el techo, lo volvió a mirar.

—Voy a ser, digamos, amable con usted, señor Wolf. Normalmente, las personas que, por una causa u otra, perjudican a mis amigos o intervienen en alguna acción que pueda perjudicarles, son muy mal vistas por mí. Pero, con los años, uno va aprendiendo a no precipitarse, a tener una especie de… moderación, de calma, y sobre todo, a valorar debidamente la vida humana. En el caso concreto de usted, creo que podemos llegar a entendernos si me dice exactamente qué es lo que tenía que hacer Enrico, con quién, y qué tenía que entregarle esa persona, a cambio del dinero.

—Usted quiere saber demasiadas cosas, señor Angelo.

Algo que casi parecía una divertida sonrisa pasó fugazmente por los delgados labios del espía más peligroso del mundo.

—¿No quiere usted ayudarme a aclarar el asesinato de mi amigo, señor Wolf?

—Bueno, no he dicho eso, francamente, pero no veo para qué tengo que contarle a usted mis asuntos.

—Quizá fuese una buena idea. Si yo me propongo ayudarle, es muy posible que todos sus asuntos se solucionasen, con considerable rapidez.

—¿Me ayudaría usted? —se animó Wolf.

—Si el ayudarle a usted significaba llegar al asesino de Enrico, cuente conmigo.

—Está bien —Christian Wolf se pasó una mano por la boca, antes de continuar—. Mire, por medio de otros intermediarios y contactos diversos, yo llegué a conocer, hace unos meses, a un hombre de raza negra llamado Umbato, que trabajaba como secretario de cierta embajada de un país sudafricano en Londres. Tras unas cuantas conversaciones de tanteo, Umbato comprendió que quizá podría hacer negocio conmigo, y se sinceró hasta cierto punto. Me habló en primer lugar del BAP.

—¿El BAP? —Alzó las cejas Número Uno—. ¿Qué quiere decir eso?

—BAP son las siglas de *Black Apartheid Power*. Supongo que estas tres palabras le sugieren a usted algo.

Número Uno encogió los hombros.

—Últimamente se está dando mucho movimiento a la cuestión del Apartheid. Supongo que el hecho de que el Apartheid lo practiquen los blancos o los negros no tiene demasiada importancia.

—Quizá no —admitió Wolf—, pero tenga en cuenta que yo le estoy hablando del *Black Apartheid Power*. Es decir, un poder separatista, negro, que evidentemente, a juzgar por lo que me dijo Umbato, está en plenas funciones.

—Es de suponer —dijo Angelo— que ese BAP debe estar concentrando sus objetivos en África.

—Por el momento, parece ser que sí. Aunque, la verdad, de las actividades del BAP no estoy muy enterado. Sé, eso sí, que Umbato pertenece a esa organización, de la cual me habló muy por encima. Luego, convinimos que puesto que él tenía que venir pronto a Roma, trasladado a la embajada de aquí, podíamos ponernos en contacto, y él me facilitaría una determinada información filmada, a cambio de la cual yo debía entregarle una cantidad. La cantidad que se convino fue de doscientos cincuenta mil dólares, y ése es el dinero que llevaba Enrico para entrevistarse con Umbato, recoger de éste la información filmada contenida en una cápsula, y traérmela.

—Entiendo. ¿Y por qué no se entrevistó usted personalmente con Umbato, puesto que ya se conocían?

—Porque tanto él como yo tememos que, si vuelven a vernos juntos, ya sea porque le estén vigilando a él o a mí, alguien pudiese sacar conclusiones peligrosas para los dos.

—También eso lo entiendo —asintió Número Uno—. Entonces, buscó usted un aventurero de la ciudad de Roma, y lo contrató para utilizarlo como intermediario, sin sospechar que ese aventurero, o sea Enrico, tenía amigos que posteriormente pudieran interesarse por el asunto.

—No pensé tal cosa de Enrico, francamente. Oí hablar de él, lo encontré en un bar, lo abordé, y llegamos rápidamente a un acuerdo. Lo demás no me importaba ni poco ni mucho, hasta que Enrico no llegó con la información filmada.

—¿Qué clase de información? ¿Lo sabe usted, señor Wolf?

—No…, no.

—Vamos, vamos… No está usted tratando con un niño, señor Wolf. Me doy perfecta cuenta de que está usted enterado de la clase de información contenida en ese filme.

—Bueno…, la verdad es que Umbato me dijo que era algo sorprendente, relacionado con personajes importantes y el sexo y que, bien utilizada, esa información podía proporcionarme toda una gran gama de posibilidades de promocionarme a mí mismo.

—¿Por medio de chantaje?

—No lo sé. Pero podría ser —admitió Wolf—. Y no me diga usted que el chantaje le parece despreciable.

—Me lo parece —asintió Número Uno—, pero no deja de ser un arma como otra cualquiera. ¿Dónde puedo encontrar a ese negro llamado Umbato?

—Eso sí que no pienso decírselo —respingó Christian Wolf.

De nuevo pasó por los labios de Número Uno aquella especie de divertida sonrisa, un gesto que, pese a ser amable, hizo comprender a Christian Wolf que para Angelo él no era más que un pequeño insecto, que podía aplastar con un dedo.

Y cuando estaba pensando en contestar a Angelo, vio entrar en el hotel a la mujer rubia.

La rubia caminó directamente hacia el sofá que estaba a no mucha distancia de los sillones que ocupaban Angelo y Wolf, y se sentó. Todavía fascinado, Wolf estuvo mirando las piernas de la rubia de ojos verdes, y sus bellísimas manos mientras sacaba un cigarrillo y se lo colocaba en los labios.

Por fin, pudo murmurar:

—¡Dios bendito, qué mujer! ¿Ha visto usted algo semejante

alguna vez?

—Muchas veces —dijo plácidamente Angelo—. En realidad, ella trabaja para mí, señor Wolf.

—¿Quiere decir que ella está… supervisando lo que ocurre alrededor de usted?

—Así es. Y si Carla dice que todo está bien, es que todo está bien. Aunque quizá las cosas se pongan un poco desagradables para usted, señor Wolf, si no llegamos a un rápido acuerdo.

Christian Wolf miró de nuevo a la rubia, de nuevo a Angelo, y por fin, asintió.

—Supongo que yo no soy persona capacitada para defenderse de los ataques de usted y de sus amigos —murmuró—. Está bien, puedo decirle algo respecto a Umbato, pero dígame usted para qué quiere saber lo referente a él.

—No me interesa nada lo referente a Umbato, señor Wolf. Usted parece que no me ha entendido. Lo que me interesa saber es lo referente a Enrico. Y pienso que el señor Umbato, puesto que recibió el dinero de manos de Enrico, y podemos considerar que fue el último en verlo vivo, sepa algo de lo que ocurrió.

—Y usted quiere hablar con Umbato.

—Naturalmente.

—Bien… Precisamente, yo estaba pensando en buscar a otra persona para que se entrevistase esta noche con Umbato en una recepción que dan en la Embajada de Ausvania. Podría ser usted ese intermediario esta vez, señor Angelo.

—Podría serlo. Entiendo que Umbato va a entregarle más material filmado informativo, y que yo deberé llevarle dinero.

—Así es.

—¿No debería su amigo Umbato ser más considerado con usted, y proporcionarle la siguiente información de modo gratuito, puesto que la anterior no llegó a manos de usted?

—Los negocios son los negocios —se resignó Christian Wolf, sonriendo—. Y para Umbato, esto no es más que un negocio.

—Comprendo. Bien. ¿Cuándo me entregará usted el dinero para llevárselo a Umbato?

—Esta misma tarde puedo entregárselo. Y también le voy a conseguir una invitación para poder entrar en la Embajada de Ausvania. No hay inconveniente, porque es un país pequeño y

discreto, en el que nadie tiene excesivos intereses.

—Conozco bien Ausvania —murmuró Número Uno—. ¿Cómo es de aspecto su amigo Umbato?

—Oh, lo identificará en seguida. Es un negro que mide incluso un par de pulgadas más que usted. No podrá equivocarse de ninguna manera.

—De acuerdo. ¿Le parece que venga otra vez por aquí, a eso de las seis, a recoger el dinero y la invitación?

—Por mí, está bien —asintió Wolf.

—Pues todo entendido, señor Wolf. Una última cosa: a partir del momento en que usted me entregue el dinero, y yo salga hacia la Embajada de Ausvania, usted deberá permanecer en este hotel. Quiero decir que, si usted saliera de aquí, yo me enteraría.

—¿Y por qué tengo que permanecer aquí? —se sorprendió Christian Wolf.

—Porque a mí no me gusta ninguna clase de interferencias mientras trabajo. Hasta la tarde.

Número Uno inició el gesto para ponerse en pie, pero se detuvo, al captar el gesto de Christian Wolf, y volvió a quedar cómodamente sentado, mirándolo interrogante.

—¿Le gustaría a usted ganar cien mil dólares, Angelo? —preguntó Wolf.

—Depende. ¿Qué tendría qué hacer para ello?

—Mire…, yo puedo valorar rápidamente a los hombres, apenas echarles la vista encima. Hace unas semanas que llegué a Roma, y desde entonces estoy… reclutando una serie de individuos que, muy en breve, voy a necesitar para determinada acción de cierto riesgo. En estos casos, el mayor inconveniente es que, si bien pueden encontrarse muchos hombres tipo mercenario, y aventureros de toda clase, no es tan fácil encontrar alguien que sepa dirigirlos adecuadamente.

—¿Acaso no podría hacerlo usted?

—Podría. Pero le estoy diciendo que no me interesa intervenir de un modo directo en todo este asunto hasta que yo considere que ha llegado el momento.

—Entonces, usted dispone ya de unos cuantos mercenarios, y me está proponiendo que yo los dirija en determinada acción. ¿Qué acción?

—Bueno, posiblemente sería el asalto de una… posición, que deberían ustedes ocupar y controlar absolutamente, de modo que yo pudiese llegar allí y hacerme cargo de todo cuanto hubiese en aquel lugar.

—¿Qué lugar?

—Todavía no lo sé. Precisamente, Umbato tenía que facilitarme esta noche la dirección de ese lugar, al mismo tiempo que el segundo microfilme.

—¿La dirección me la dará Umbato verbalmente?

—No. Irá contenida dentro de la cápsula.

—Está bien. Pensaré en su oferta, señor Wolf.

Angelo Tomasini se despidió con un seco gesto de Christian Wolf, y cruzó el vestíbulo hacia la salida del hotel. Apenas había él salido, cuando la rubia se puso en pie, y caminó también hacia la salida, pasando junto a Christian Wolf y sonriéndole socarronamente.

Segundos después, la rubia salía a la calle, y se dirigía hacia el coche que aquella mañana había alquilado Angelo Tomasini, por mediación del hotel.

Angelo Tomasini ya estaba al volante, esperándola, de modo que apenas ella se hubo sentado junto a él, puso el vehículo en marcha, y comenzó a alejarse del Albergo Parigi.

—Tengo una pequeña sorpresa para ti —dijo Número Uno—. Aparte de toda una serie de detalles y nombres que te voy a explicar rápidamente acto seguido, adivina dónde tengo que encontrarme esta noche con un negro llamado Umbato.

—¿Dónde, mi amor? —sonrió la espléndida rubia, de ojos verdes.

—En la Embajada de Ausvania.

—¡Oh! —exclamó la rubia—. Naturalmente, iré contigo allí.

—Pues había pensado en ello, por supuesto, pero me temo que solo podré conseguir una invitación.

—Una invitación —rió Brigitte—. ¡Santo cielo! Sabes muy bien que yo no necesito invitación de ninguna clase para entrar en cualquier Embajada de Ausvania.

—Siempre y cuando te presentes como Brigitte Montfort.

—Bueno —sonrió deliciosamente la rubia, quitándose de pronto la rubia peluca—. ¿Y qué tiene de malo ser Brigitte Montfort,

querido?

Capítulo IV

Debido a ciertos acontecimientos ocurridos años atrás, todas las Embajadas de Ausvania, en todo el mundo, tenían en su libro de honor el nombre de la señorita Brigitte Bierrenbach Montfort.

Esto quería decir, en efecto, que en cualquier lugar del mundo donde Ausvania, el pequeño país centroeuroeo, tuviera Embajada, Consulado, o cualquier clase de propiedad o de influencia, todo esto estaba completamente, a disposición de la señorita Montfort.

Sólo que la señorita Montfort no era de las personas que suelen abusar o tan siquiera usar de las muchísimas prerrogativas que había conseguido durante aquellos años que llevaba jugándose la vida como espía. Por eso, simplemente, aquella noche, en la Embajada de Ausvania, Brigitte se limitó a darse a conocer privadamente al embajador, que en el acto se dispuso a rendir toda una serie de honores y homenajes, que la divina rechazó amablemente.

—Se lo agradezco mucho, señor embajador. Todo lo que deseo es asistir esta noche a la recepción ofrecida por la Embajada. Mi presencia aquí debe pasar lo más inadvertida posible. Pero en caso de que hubiera que dar alguna explicación a alguien, soy simplemente la periodista americana Brigitte Montfort, de paso por Roma, donde tiene buenos amigos; entre ellos, el personal de Embajada de Ausvania. Eso es todo.

—Se hará como usted lo desea, naturalmente —asintió el embajador—. Nuestro rey, Sandor III, me cortaría la cabeza si la contrariara a usted en lo más mínimo.

—Yo creo que exagera usted —rió Brigitte—. Pero por si acaso, será mejor que no le lleve la contraria.

Cinco minutos más tarde, la periodista Brigitte Montfort aparecía en el gran salón de recepciones de la Embajada de Ausvania, donde el resto de los invitados hacía ya unos minutos que

departían amablemente, animándose más a cada instante las conversaciones y los pequeños grupos en los que se hacían comentarios de todas clases.

Era imposible, en efecto, no ver inmediatamente a Umbato.

Alrededor de él las damas de blancas carnes y centelleantes joyas, que resplandecían sobre su reluciente epidermis, así como los caballeros ataviados con correctísimo esmoquin, hacían resaltar la presencia del gigantesco negro que, en aquel momento, precisamente, estaba mirando con intensa fijeza a la última invitada que apareció en la recepción.

No era Umbato el único en contemplarla, en aquel momento. Cómo siempre que Brigitte entraba en un lugar cerrado, las miradas de todos los hombres, y por inercia las de las mujeres, se habían clavado en ella. Las de las mujeres con cierta irritación. Las de los hombres, absolutamente maravillados.

Brigitte, acostumbradísima ya a la impresión que causaba con su presencia, se dirigió tranquilamente, sonriendo con su habitual gracia, hacia el bufete donde estaban las bebidas.

—Champaña, por favor —pidió.

El camarero, que estaba al borde del desmayo, reaccionó, y se apresuró a abalanzarse hacia donde estaba el champaña frío.

—Me encanta Ausvania —dijo Brigitte—, adoro Italia, pero, por favor, el champaña, francés.

—Sí, señorita… Sí, naturalmente.

Segundos después, aunque no era ciertamente «Perignon 55», Brigitte degustaba una copa de estupendo champaña, por supuesto francés. Y mientras, tanto, se volvió ligeramente y dirigió una mirada de soslayo hacia donde, al entrar, había visto al negro Umbato.

Éste continuaba en el mismo sitio, solitario. Tenía también una copa de champaña en su enorme mano diestra, y continuaba mirándola.

Brigitte sonrió, y se dirigió como al descuido hacia donde estaba el negro, de espaldas a una pared en la que había un formidable tapiz, representando las altas y nevadas montañas de Ausvania. Brigitte llegó junto al negro Umbato, quedando de frente al tapiz, el cual se dedicó a contemplar durante unos segundos. Bebió otro sorbito de champaña, se pasó la rosada lengua por los labios, y

murmuró:

—Me envía Christian Wolf. ¿Dónde podemos hacer el cambio, señor Umbato?

Dicho esto, miró al negro con indiferencia, como al descuido. Umbato había quedado petrificado de asombro, pero reaccionó en seguida.

—¿Ha traído el dinero? —musitó.

—Por supuesto. Lo tengo en un pequeño paquete, muy adecuado, en el guardarropa de la Embajada.

—¿Ha dejado allí, en manos de un criado, doscientos cincuenta mil dólares?

—Esa es una preocupación exclusivamente mía, señor Umbato —replicó Brigitte.

—¿Cómo hacemos el cambio?

—Salga dentro de cinco minutos al jardín.

—De acuerdo.

Brigitte contempló nuevamente el tapiz, y luego regresó hacia el bufete, sobre el cual dejó la copa vacía. Luego, sonriendo a un lado y a otro, como si estuviese encantada de la simpatía de quienes la rodeaban, se dirigió lentamente hacia la salida del salón. Poco después, en el guardarropa de la Embajada de Ausvania, atendida por un severísimo criado de vistosa librea, Brigitte pedía el paquete que había entregado al llegar. El criado se lo entregó, y allí mismo, delante de él, Brigitte quitó el primer envoltorio, dejando al descubierto una gran caja de bombones, adornada con un lazo.

—De París —sonrió Brigitte, mirando al criado—. Se los había prometido a una buena amiga, y yo siempre cumplo lo que prometo.

El criado se limitó a sonreír, y realmente no hacía falta más. Con la caja de bombones en la mano izquierda, Brigitte buscó una salida al jardín, y segundos después, aparecía en éste, sin haber tenido que cruzar el gran salón para recepciones.

—Aquí está el dinero, señor Umbato. Ahora quisiera que usted me entregase…

Brigitte no dijo nada más.

Se estremeció, y quedó luego inmóvil, contemplando a Umbato. Éste se hallaba cómodamente sentado, y el hecho de que no se hubiera puesto en pie, al ser interpelado por una dama, no era en

absoluto censurable, en sus circunstancias. Circunstancias que Brigitte comprobó inmediatamente, acercándose a él y tocándole en un hombro.

Hasta entonces, la cabeza de Umbato se había mantenido erguida sobre los hombros, y, puesto que tenía los ojos abiertos, todo parecía hasta cierto punto natural. Pero cuando Brigitte lo tocó en un hombro, la cabeza de Umbato cayó bruscamente sobre el pecho, y, con este movimiento, el cuerpo se venció hacia la derecha y hacia adelante… Un instante después, Umbato yacía a los pies de la espía internacional.

Tras un instante de vacilación, Brigitte se acuclilló, y puso dos dedos en una carótida de Umbato. No había ya el menor latido en la carótida, y en cuanto a la piel de Umbato, todavía conservaba un considerable calor de vida.

En el pecho no parecía tener nada, así que Brigitte, sujetándolo por la ropa de un brazo, lo hizo girar hasta verle la espalda. Allí, sí. Allí se veía perfectamente el brillo de la sangre que brotaba por lo menos de tres puntos, y que, al ir empapando la chaqueta; tendía a formar una sola mancha.

Brigitte volvió de pronto la cabeza, vivamente, y alzó la mirada. Junto a ella, en efecto, había otra persona.

Una mujer. Una mujer de raza negra, altísima, esbelta, vestida sencillamente, con falda y blusa, y que tenía en su mano derecha un largo cuchillo que, colocado a propósito con la punta hacia abajo, todavía goteó ante los ojos de la espía internacional.

El sonido de las ya pequeñas gotas de sangre al caer en la tierra del jardín solamente podía haberlos captado un oído tan agudo como el de Brigitte, que volvió a estremecerse.

—De modo que, efectivamente, Umbato es… mejor dicho, era un traidor —dijo la negra, en inglés.

Brigitte se puso en pie, lentamente, todavía sosteniendo la caja de bombones.

—¿Traidor a quién? —preguntó.

—¿Acaso no le ha hablado Umbato de nosotros?

—¿De quiénes? —insistió Brigitte.

—Él tiene que haberle dicho algo a usted —se adelantó amenazadoramente la negra—. Dígame inmediatamente qué trato estaba haciendo usted con Umbato, y desde cuándo estaban en

contacto.

—Será mejor que deje caer ese cuchillo, y venga conmigo a las buenas —sonrió, de pronto, Brigitte Montfort—. Umbato no me había dicho nada, pero ahora será usted la que va a informarme de todo cuanto yo quiera saber.

La negra se detuvo apenas a dos pasos de Brigitte, contemplándola asombrada.

—¿De qué está hablando? —refunfuñó—. ¿No comprende que puedo degollarla, en menos de un segundo?

—Pues hágalo —amplió su sonrisa la periodista norteamericana.

La escultural y espléndida negra lanzó un gruñido, y, sin más contemplaciones, dio otro paso hacia Brigitte y lanzó un golpe con el cuchillo. Un golpe tremendo y bien dirigido. Con una experiencia que Brigitte tuvo que captar en seguida. Pero en aquellas cuestiones, ella tenía todavía más experiencia qué la hermosa negra, que de un solo tajo pretendía degollar nada más y nada menos que a la agente Baby.

Por supuesto, ésta esquivó la cuchillada, y acto seguido efectuó una acción de represalia, verdaderamente escalofriante.

Mientras la negra se desequilibraba hacia adelante, debido a la cuchillada fallida, Brigitte se desplazó, girando solamente sobre un pie en el sentido de una puerta que se abre. Llegó junto a la negra, asió la muñeca derecha, la retorció con sus dos manos, sin brusquedad pero con tanta eficacia que el cuchillo cayó al suelo, y acto seguido Brigitte alzó el brazo de la negra, pasó por debajo de él, se colocó luego el brazo negro por encima de su hombro derecho, y luego, haciéndolo deslizar hacia la articulación de su codo derecho, lo apretó fuertemente, y se inclinó hacia adelante, sacando la cadera.

Fue sencillamente escalofriante.

Bajo los efectos de la tremenda proyección *ippon seoi nage*, la negra salió disparada por encima de Brigitte, y fue a caer cuatro metros más allá, en un espantoso batacazo que terminó junto a unos arbustos. Pero las cosas se complicaron justo en ese momento para Brigitte Montfort.

Apenas había caído la negra al suelo, emitiendo un mal contenido gemido de dolor, cuando, precisamente de entre los arbustos, aparecieron tres sombras más.

Tres hombres negros que, inmediatamente, se abalanzaron sobre la espía internacional, mientras la negra, con voz quebrada, daba unas órdenes que Brigitte no pudo entender.

Lo que sí pudo entender fue la actitud de los tres hombres negros, dos de los cuales habían sacado sus cuchillos y parecían galopar hacia ella, dispuestos a terminar inmediatamente.

Pero entre espías no hay nadie que juegue limpio en ninguna ocasión.

O casi en ninguna ocasión.

En aquélla, ciertamente, no se sabía el juego que tenía Umbato, a excepción de que estaba traicionando al BAP, lo cual sí sabía Brigitte. Se sabía también perfectamente que la negra lo había acuchillado por la espalda. Y se sabía ya, que la negra, para respaldar su incursión en la Embajada de Ausvania, se había llevado a tres amigos peligrosísimos.

Y por último, se supo que la señorita Montfort tampoco estaba allí en plan de víctima propiciatoria, sino debidamente protegida:… Esto fue evidente cuando Número Uno apareció corriendo, procedente del edificio de la Embajada.

Y no dejó de correr ni siquiera cuando llegó junto a Brigitte, sino que rebasó la posición de ésta y llegó hasta los negros, con un ímpetu y una seguridad que, por un instante, dejaron paralizados a los asesinos amigos de la negra.

Uno de ellos no tuvo tiempo siquiera de darse cuenta de la clase de enemigo que tenía delante.

El puño derecho de Número Uno salió disparado, cerrado fuertemente, y los nudillos golpearon con tremenda fuerza en la barbilla del negro. Se oyó el crujido de la mandíbula, que se partió, y, de rechazo, debido al brusco rompimiento, se partió también la base del cráneo del hombre, que cayó fulminantemente muerto hacia atrás.

Para entonces, el otro negro armado con un cuchillo había reaccionado ya, y saltaba hacia Número Uno. Todo lo que hizo éste fue acercarse más al negro, sorprendiéndole y dando lugar a que cayese de bruces sobre los hombros de Número Uno, que se irguió con fuerza y lanzó al negro por encima suyo a más de metro y medio de altura sobre su cabeza, para, finalmente, aterrizar de espaldas, a tres metros de Angelo Tomasini.

El negro emitió un quejido que parecía ir rompiéndose a pedazos, y, por un instante, pareció que no fuese a poder levantarse; pero consiguió girar hasta colocarse de bruces, y acto seguido se puso de rodillas.

Número Uno se desentendió de él, sin embargo, preocupado exclusivamente por Brigitte, que en aquel momento estaba precisamente en el aire.

Sí, en el aire.

El tercer negro, al comprender la magnitud del enemigo que tenían frente a ellos, se había apresurado a sacar una pistola, y estaba esgrimiéndola ya en dirección a Número Uno… Por eso estaba Brigitte en el aire.

Efectuó un salto que la elevó de modo que sus rodillas quedaron casi a la altura de la cabeza del negro que acababa de sacar la pistola. Un salto que, al mismo tiempo, la proyectaba hacia este hombre, que al verla llegar, respingó y volvió velozmente la cabeza para repeler aquella agresión.

Ya era demasiado tarde.

El pie derecho de Brigitte descargó un fortísimo impacto en la frente del hombre, que cayó hacia atrás como si acabase de recibir un cañonazo, mientras la pistola escapaba de su mano y ascendía en sorprendente línea, perfectamente vertical.

La pistola fue a caer justo en la tendida mano de Brigitte, que inmediatamente la empuñó, con formidable pericia, apuntó hacia el negro que estaba de rodillas, y apretó el gatillo.

¡Plop!, chascó la pistola.

Todavía de rodillas, el segundo negro abatido por Número Uno emitió un tremendo gemido, y estuvo un par de segundos inmóvil, con la pistola que, también como su compañero, había sostenido en la mano derecha. De pronto, cayó hacia adelante de bruces, y quedó inmóvil.

Pero aquella pelea era realmente una de las más breves y feroces en las que Baby y Número Uno habían intervenido. Porque el negro que Brigitte había derribado últimamente con el formidable Ushiro Geri en suspensión, tampoco se daba por vencido, y estaba haciendo lo contrario que sus compañeros, es decir, que había sacado en primer lugar la pistola, y, al haber perdido ésta, sacaba ahora el cuchillo y echaba el brazo hacia atrás, clarísima su actitud y

dirección de lanzar el arma contra Brigitte.

El puntapié que le aplicó Número Uno le partió la mano como si fuese un simple fideo, y mientras el arma caía al suelo, el hombre se puso en pie de un salto lanzando un berrido de dolor, dio media vuelta, e intentó marcharse de allí corriendo… Pero el tigre ya estaba junto a él. Los brazos de Número Uno cazaron al hombre por detrás, y mientras con el izquierdo lo sujetaba por el pecho y hombro, la mano derecha asió la barbilla del hombre y la hizo girar bruscamente. Se oyó un crujido, y, rotas las vértebras del cuello, el hombre cayó, ya cadáver, a los pies del espía.

Éste se volvió hacia Brigitte inmediatamente, como queriendo asegurarse de que estaba sola, de que no había más peligro alrededor de su amada.

La cual, exclamó:

—¡La negra, Uno!

Simultáneamente, Brigitte echaba a correr hacia la parte más frondosa del jardín. Número Uno comprendió inmediatamente, al no ver a la negra en el sitio donde había caído, tras la proyección de Brigitte. Se unió a ésta, cruzando ambos rápidamente el jardín…, y todavía llegaron a tiempo de ver cómo la negra, encaramada en lo alto de las verjas de la parte posterior de la Embajada, se dejaba caer al otro lado.

En pocos segundos, llegaron también los dos ante las verjas y Número Uno, sin preocuparse en absoluto de Brigitte, se dedicó a encaramarse por ellas rápidamente, sabiendo que, cuando cayese al otro lado, Brigitte no habría perdido terreno, ni siquiera medio segundo. Y así fue. Todavía no hacía un segundo que Número Uno había caído al otro lado de las verjas, ya fuera de la Embajada, cuando, como una silenciosa gatita, también Brigitte aterrizó a su lado.

—¡Tenemos que encontrarla! —exclamó Baby.

Número Uno y Baby miraron a derecha e izquierda, pero ya no pudieron ver a la negra. Sin embargo, a menos de treinta metros de ellos vieron aquella gran mole de color claro, que destacaba en la oscuridad de aquella zona de la ciudad romana, que estaba siendo modernamente urbanizada.

—Es una *roulotte* —jadeó Brigitte.

—Es mejor que te quedes aquí —dijo Número Uno.

Continuó corriendo hacia la *roulotte*, que estaba con la parte posterior orientada hacia él. Llegó ante la doble puerta que tenía en este lado la enorme *roulotte* pintada de blanco con una franja oscura, y, asiendo con fuerza la manilla de la puerta, Número Uno dio un tirón, que hizo crujir todo el enorme vehículo. Pero la puerta no cedió, y cuando Uno se disponía a dar otro tirón, oyó tras de él la voz de Brigitte:

—Aparta. Yo la abriré, mi amor.

Número Uno soltó la manilla, y se volvió, fruncido el ceño.

—Te había dicho que…

Plof, plof, plof, chascó la pistolita de cachas de madreperla, empuñada firmemente por Brigitte.

La puerta se estremeció, vibró, crujió, y cuando Número Uno, decidiendo que era mejor posponer la discusión con Brigitte, dio otro tirón de la manilla, la puerta cedió tan bruscamente que el espía estuvo a punto de caer al suelo.

Era ciertamente una *roulotte* o *caravan*, que parecía estar dotada de las máximas comodidades. Se encontraron en una pequeña salita-recibidor, y frente a ellos otra puerta, ésta de una sola hoja, a la que se acercó inmediatamente Número Uno.

Tras él, Brigitte había subido también a la *roulotte*, y continuaba empuñando la pequeña pistolita.

Número Uno asió la manilla de la siguiente puerta, dio un tirón antes de que Brigitte hubiese podido ofrecerse para abrirla por el mismo procedimiento que las dos solidísimas que cerraban la *roulotte*.

Pero, además, esta vez no hacían falta los servicios da la pistolita de Brigitte. Aquella puerta se abrió en el acto, dejando ver al otro lado una espaciosa habitación-dormitorio…, y algo más.

Algo que dejó paralizado de espanto y repugnancia a Número Uno.

—¡Dios mío! —Oyó Número Uno, tras él, la aterrada exclamación de Brigitte.

El espía alzó una mano, como si quisiera introducirla dentro de aquel dormitorio. Pero, ciertamente, aquel cristal que hacía de segunda puerta se lo impidió. Podía ver perfectamente lo que había en el otro lado, pero no parecía en absoluto fácil que pudiesen entrar.

Y la verdad era que nadie podía tener ganas de entrar allí, teniendo en cuenta que ello significaría una aproximación a aquel ser horrendo.

Era una mujer negra.

O quizá esté mejor decir que era lo que quedaba de una vieja y repugnante mujer negra. Estaba detenida en el centro del dormitorio, vuelta hacia ellos, mirándolos con los ojos muy abiertos. Se hallaba completamente desnuda, y se la veía encorvada, como encogida, jadeante su pecho hundido. Sus facciones parecían como mordidas por un millón de ratas, y casi la totalidad del labio superior había desaparecido de modo que veían siempre descubiertos, en grotesca y espeluznante mueca, sus dientes amarillentos. Es decir, los tres o cuatro dientes salteados que quedaban en la horrenda boca.

—La otra negra tiene que estar aquí —dijo Número Uno, serenamente—. Vamos a ver si conseguimos entrar ahí, dando la vuelta a la *roulotte*.

Brigitte no contestó. Estaba como paralizada, contemplando aquella bruja calva, de repugnante aspecto y facciones que parecían comidas por las ratas.

Tampoco hubiese podido dedicar tiempo a elaborar una respuesta para Número Uno, porque apenas había terminado éste de hablar cuando toda la *roulotte* comenzó a trepidar suavemente. Y al mismo tiempo, un sonido que hizo reaccionar a Brigitte con rapidez.

Era un sonido seguido y suave, como un siseo, y la espía internacional comprendió inmediatamente de qué se trataba.

—¡Es una cámara de gas, Uno! —exclamó.

Y un gas muy poderoso debía ser, porque apenas había hablado, sintió un zumbido en la cabeza, y habría caído al suelo de no haberla sostenido Número Uno. Sujetándola fuertemente. Angelo Tomasini se desplazó, a toda prisa, hacia las destrozadas puertas del fondo de la *roulotte*, y, sin detenerse a pensarlo, saltó al exterior, colocándose de lado y de espaldas, de modo que cuando sus pies tocaron el suelo y cayó, lo hizo de espaldas y sujetando frente a él a Brigitte, evitándole así el más pequeño daño.

Quedaron finalmente los dos sentados en el suelo, mirando la *roulotte*, que comenzaba a alejarse; y comprendiendo que si con

anterioridad los disparos de Brigitte no hubiesen destrozado el mecanismo de cierre de la doble puerta, ésta habría sido cerrada automáticamente tras ellos, y habrían quedado encerrados en aquella salita-recibidor, que era a la vez una cámara de gas.

Reaccionando ya completamente, puesto que el gas, por fortuna, apenas había llegado a olerlo, Brigitte alzó la pistolita, apuntando hacia la *roulotte* qué escapaba, comprendió que disparar era simplemente desperdiciar una bala, y bajó la mano.

Volvió la cabeza hacia Número Uno, qué, sentado en el suelo, la contemplaba con el ceño fruncido.

—Asombro de asombros, mi amor —sonrió Brigitte—. Alguien ha conseguido escapar de Número Uno y de Baby.

* * *

En el despacho donde había recibido, esta vez, a la señorita Montfort, el embajador de Ausvania estaba sencillamente sudando de angustia. Sudando de verdad, y pasándose de vez en cuando un blanquísimo pañuelo por la frente.

—Supongo —casi tartamudeó— que no habrá problema con los tres negros desconocidos, puesto que no tenían, nada que hacer en nuestra Embajada. Por lo tanto, nadie puede pedirnos cuenta de su desaparición. Pero el señor Umbato era un invitado oficial de la Embajada de Ausvania para la recepción de esta noche, señorita Montfort.

—No hay que desorbitar el problema —movió la cabeza Brigitte —. Todo lo que tiene usted que decir, si alguien le pide explicaciones, es que el señor Umbato recibió una llamada telefónica, y se disculpó, marchándose de la Embajada.

—¡Pero nadie va a creer eso!

—¿Por qué no? —Alzó las cejas Brigitte—. A fin de cuentas, cualquier persona está expuesta a una llamada urgente. Por otro lado, Ausvania no tenía ni tiene ningún motivo por el que pueda o quiera complicarse la vida con el señor Umbato, así que si alguien le pregunta a usted, creerán su respuesta.

—No sé… ¡Por Dios, esto es espantoso!

—Ya le he dicho lo que ha sucedido. Y si, pese a las órdenes que rezan en todos los puestos diplomáticos de Ausvania en el mundo,

usted tiene alguna duda respecto a lo que debe hacer, póngase en contacto con su rey, preguntándole si debe o no debe seguir mis indicaciones en todo momento.

—Ya sé que debo hacerlo —suspiró el embajador—, pero no deja de ser terrible.

—Quizá. ¿A qué país representaba el señor Umbato?

—A Koresia. ¿Conoce usted Koresia?

—Si, por supuesto. Es uno de esos pequeños países sudafricanos, de relativamente reciente independencia…, con la cual no saben exactamente qué hacer. ¿Todo entendido, señor embajador?

—¿Dónde debo llamarla, si ocurre algo que…?

—No ocurrirá absolutamente nada por lo que usted deba llamarme. Simplemente, haga lo que le he dicho. Deshágase de los cadáveres de esos cuatro negros de un modo definitivo, esto es, que no haya la menor probabilidad de que puedan ser hallados por alguien jamás, y olvídese de todo. Simplemente, si alguien le preguntase a usted por Umbato, dígale lo que hemos convenido.

—Está bien… No quedo tranquilo, pero acepto.

—Muy agradecida —sonrió Brigitte—. Y ahora discúlpeme… Yo también tengo que ausentarme de la Embajada, como el señor Umbato.

Un minuto más tarde, Brigitte Montfort abandonaba la Embajada de Ausvania, y comenzó a alejarse a pie de ésta. No caminó mucho rato, sin embargo. Apenas habría recorrido ciento cincuenta metros cuando el coche se detuvo pegado al bordillo y ella simplemente entró ocupando el asiento contiguo al del conductor.

—¿Qué ha dicho el embajador? —preguntó éste.

—Pues, sencillamente, ha tenido que aceptar mis disposiciones —encogió los hombros Brigitte—. Al que no le va a gustar mucho nuestra actuación va a ser a Christian Wolf.

—¿Por qué no?

—Caramba, mi amor —le miró, sorprendida, Brigitte—. No sólo hemos perdido los doscientos cincuenta mil dólares que te entregó para que pagases a Umbato, sino que, fuese lo que fuese lo que éste se disponía a darte a cambio, es evidente que la negra se lo arrebató, después de matarlo. O sea, que vamos a volver junto a Christian Wolf con las manos vacías. No es, precisamente, una

actuación admirable en nosotros.

—Todavía tenemos alguna carta que jugar —gruñó Número Uno.

—¿Te refieres a la matrícula del remolque?

—Por supuesto.

—Bueno… Sí, yo también vi la matrícula de esa *roulotte*, mi amor. Pero, en primer lugar, encontrar un vehículo no es siempre tan fácil como muchas personas creen. Y en segundo lugar, esa matrícula puede ser falsa. Desde luego, no creo que vayamos a perder gran cosa interesándonos por una *roulotte* de tan grandes dimensiones y pintada de blanco con una franja azul… Me parece que era azul, aunque, en la oscuridad, no puedo estar muy segura.

—Azul o algo parecido —asintió Número Uno—. Y puesto que tengo en Roma personal al que habitualmente le paso una cantidad más que importante, creo que no podrán protestar si, de vez en cuando, les pido un poco de trabajo.

—¿Quieres que llame a mis compañeros de la CIA, para que ellos se encarguen de buscar esa *roulotte*?

—Desde luego que no —replicó ásperamente Número Uno—. Tu CIA no tiene por qué meter las narices en mis asuntos.

* * *

Cuando Número Uno terminó la explicación de lo sucedido, Christian Wolf movió la cabeza y murmuró:

—En definitiva, según yo entiendo, nos hemos quedado otra vez sin el dinero y sin el material filmado informativo. ¿No es así?

—Así es —dijo apaciblemente Número Uno.

—Pues, francamente, yo diría que no ha sido un gran negocio por mi parte tratar con ustedes, Angelo.

—Ninguno de mis clientes ha quedado jamás descontento —dijo Uno, siempre sin perder la apacibilidad—. Y ciertamente, no va a ser usted el primero, Wolf.

—Eso quiere decir que conseguirá recuperar el dinero y el material informativo.

—Sólo una de las dos cosas. —Le miró, como sorprendido Número Uno—: Se entiende que el dinero lo ha pagado usted de buen grado para conseguir ese material. Por lo tanto, puedo traer

una de las dos cosas, no las dos.

—Sí, sí, claro, naturalmente. Pero ¿cuándo va a ser eso?

—Será más pronto de lo que usted cree —aseguró Número Uno —. ¿Quiere tomar algo más, Wolf?

—No. No me gusta beber. Además, ya llevamos demasiado rato aquí juntos en el bar, conversando. Seguramente, muchas personas se estarán preguntando qué tenemos que decirnos usted y yo.

—Me sorprende usted. ¿Qué pueden importarle a nadie los asuntos de los demás? En lo que a mí respecta, le aseguro que no siento el menor interés por lo que hablen cualesquiera otras dos personas de este hotel.

—Me parece muy bien. Pero yo ya tengo bastante. Y la verdad es que tengo ganas de retirarme a descansar. Hasta mañana, Angelo.

—Adiós —se despidió Uno.

Christian Wolf se puso en pie, y se alejó de la mesa a la cual había estado sentado en compañía de Número Uno mientras el espía le ponía al corriente de todo lo que había sucedido, con respecto al negro Umbato.

Inmediatamente que Christian Wolf hubo salido del bar del hotel, Angelo Tomasini se puso a su vez en pie, y se dirigió rápidamente a los lavabos. Entró, se aseguró de que no había nadie allí, y sacó la pequeña radio del bolsillo interior de su chaqueta. Apretó en una esquina de aquella pequeña pieza que parecía una pitillera, la acercó a su boca, y musitó:

—Cuidado. Él está subiendo, ahora, a su habitación.

—Gracias, mi amor —sonó suavemente la voz de Brigitte en el pequeño aparato.

Número Uno volvió a apretar en el mismo sitio, se guardó el aparato emisor, y, tras lavarse las manos, salió tranquilamente de los servicios. Fue a la conserjería, pidió la llave, y subió al quinto piso, donde tenía su habitación la 512. Entró, cerró la puerta, y encendió la luz.

Naturalmente, Brigitte ya estaba allí. La vio sentada en uno de los sillones, y dispuesta ya a encender un cigarrillo. Número Uno fue a sentarse en el otro sillón.

—¿Has encontrado algo interesante en su habitación?

—Nada que pueda servirnos —negó Brigitte—. Sin embargo. Uno, yo insisto en que Christian Wolf tiene otro aspecto diferente al

que nos ofrece.

—Sí —asintió pensativamente Número Uno—. Si lo miras detenidamente, se pueden observar algunos detalles, que parecen indicar que lleva peluca. En cuanto a los ojos, sin la menor duda posible, puedo garantizarte que lleva lentillas de Contacto.

—Eso puede ser un defecto de la vista, que corrige adecuadamente. ¿Estás de acuerdo?

—No sé. Si no fuese por la impresión que tenemos de que además lleva peluca, no concedería importancia al detalle de las lentillas. Pero es posible que esas lentillas no sean para corregir defectos de la vista, sino para cambiar el color de los ojos.

—Así es —asintió la divina espía—. Como bien sabes, yo misma utilizo, en diversas ocasiones, lentillas de varios colores. Ayer mismo, cuando me hice ver por Wolf como una rubia, usaba lentillas verdes. Tengo una cosa que decirte, que quizá no tenga importancia.

—¿Qué cosa?

—Respecto al hombre que aparece en la peliculita que te enviaron a Villa Tartaruga. Ya sabes, aquel sujeto de unos sesenta y tantos años, cabellos blancos, ojos azules, gordito, de cara sonrosada…

—Sí, sí. Lo recuerdo perfectamente, por supuesto. ¿Qué pasa con él?

—Lo he recordado. Es un general británico. Exactamente de la RAF.

Número Uno permaneció unos momentos pensativo, antes de mover la cabeza con un gesto de asentimiento.

—En realidad, todo va encajando. Sabemos que hay un grupo llamado *Black Apartheid Power*, que se dedica a conseguir filmaciones pornográficas, y, al parecer, en esas filmaciones involucran a personajes importantes, de gran influencia en el país donde consigan ese material. ¿Cuál es el nombre de ese general británico?

—Bueno…, yo creo que, por el momento, deberíamos llamarlo simplemente Monty, si te parece bien.

—Claro que sí. Además, es muy expresivo. Bien, como decía, el *Black Apartheid Power*, o sea el BAP, se dedica a introducir el asunto del sexo en la vida de determinados personajes de gran importancia

en el aspecto militar, y, seguramente, harán lo mismo en el político, económico, etcétera. Todo este tinglado sugiere, naturalmente, el chantaje. Ahora bien, ¿qué es lo que pretende conseguir el BAP ejerciendo chantajes en personas de la potencia decisoria o informativa de Monty, por ejemplo?

—Tenemos los recursos para enterarnos de eso. Uno de ellos es precisamente localizar al general británico Monty, o a cualquier otra de las importantes personalidades que estén sometidas a chantaje o a punto de estarlo. La otra posibilidad consiste en encontrar a la negra que asesinó a Umbato, en la Embajada de Ausvania. Todo lo cual no va a poder hacerse esta noche, ¿verdad?

—No. No lo creo.

—Entonces, ya que ayer te invitaste tú a mi habitación…, ¿te molestaría que yo me invitase hoy a la tuya?

* * *

A la mañana siguiente, Brigitte Montfort y Número Uno abandonaron el hotel, por separado y a distinta hora, pero se encontraron muy pronto, no muy lejos de allí.

—Vamos a acercarnos un momento a casa de Pierino, a ver a Enrico —dijo Número Uno—. ¿Te parece bien?

—Naturalmente —se sorprendió Brigitte—. ¿Por qué no habría de parecerme bien?

—Es que estaba pensando que, después, yo podría ir a ayudar a Donato y los demás, y tú podrías quedarte cuidando a Enrico. Te lo agradecería mucho.

Brigitte Baby Montfort quedó estupefacta un instante, luego se echó a reír quedamente, y por último se inclinó hacia Número Uno y, le dio un beso en un lado de la barbilla, sin dejar de reír.

—A veces, eres la persona más ingenua del mundo, mi amor. Si lo que quieres es apartarme de las dificultades que puedan surgir de este asunto, me permito recordarte que soy la agente Baby, temida por todos los agentes del mundo.

Número Uno la miró hoscamente de reojo.

—De todos modos —le dijo, de pronto, directamente—, lo de pasar a ver cómo está Enrico era en serio.

—Y lo acepto. También en serio, naturalmente. Pero lo demás

supongo que ha sido un amable intento por tu parte, y que no vas a insistir en ello.

Número Uno ya no contestó. Se dedicó a la dificultosa conducción por Roma, cruzó uno de los puentes sobre el Tíber, y llegó al Trastevere. Finalmente, dejó el coche en un hueco que encontró en Via Mameli, cerca de Santa María in Trastevere. Se apearon los dos a la vez. Número Uno cerró el coche, y se dispuso a rodearlo por delante, para reunirse con Brigitte en la acera y dirigirse a la casa de Pierino.

Justo entonces, el camión se detuvo junto a él, un poco adelantado con respecto a su coche. Inmediatamente, la doble puerta de atrás de la caja del camión se abrió y en un santiamén seis hombres negros, armados con metralletas, saltaron y se quedaron apuntando tres a Brigitte y tres a Número Uno… Alrededor de ellos, los transeúntes comenzaron a gritar y a correr, muchos tirándose al suelo y detrás de los coches.

En contraste con los gritos de espanto y la agitación de alrededor de ellos, Brigitte y Número Uno quedaron sencillamente inmóviles, mirando a los seis hombres que les apuntaban.

Uno de ellos dijo rápidamente, en inglés:

—Tienen tres segundos para subir al camión. Si transcurridos los tres segundos no han subido, dispararemos.

Ni Brigitte ni Número Uno vacilaron ni una fracción de segundo. Sin mirarse, sin consultarse, simplemente se dirigieron hacia el camión y subieron rápidamente a la caja.

En primer lugar porque, si no subían, sabían perfectamente que de ninguna manera podrían escapar a las ráfagas de balas que les dispararían. Y en segundo lugar porque, si los atacaban de este modo, era que los querían vivos. Si les hubiesen querido matar, no hubieran tenido ninguna necesidad de hablar. Y puesto que los querían vivos, significaba que alguien deseaba hablar con ellos.

Muy bien.

No serían ellos pues, quienes se negasen a una entrevista que podría aclarar el asunto de los pequeños microfilmes pornográficos.

Dos de los negros subieron a la caja del camión, mientras los otros cuatro, desde tierra todavía, apuntaban a Número Uno y Brigitte. Luego subieron otros dos, por lo que ya fueron cuatro a apuntar a los dos espías, dentro de la caja del camión. Y fue

entonces cuando subieron tranquilamente los otros dos, cerraron la doble puerta del camión, una luz se encendió en el interior de éste, y después de que uno de los negros golpeó en la parte delantera de la caja, el vehículo reemprendió la marcha.

Como si allí no hubiese ocurrido nada.

—Será mejor que se siente —dijo, después, uno de ellos—. Ahí, en ese rincón. El viaje va a ser un poco largo, así que tómenselo con calma. Con calma y con inteligencia. ¿Me comprenden?

—Claro que le comprendemos —sonrió Brigitte—. ¿Puede decirnos adónde vamos?

—A respirar aires puros. Y ahora, cierre la boca.

—Pero si cierro la boca no podré respirar aires puros, señor —dijo amablemente Brigitte.

—Si se pone tonta —replicó el negro— la vamos a violar aquí mismo los seis. Lo cual me parece que no le haría mucha gracia, ni a usted ni a su amante.

—Pues no, francamente. No nos haría ninguna gracia —asintió Brigitte—. ¿Cómo han sabido encontrarnos?

—Ayer, cuando ustedes persiguieron a Mikora y llegaron a su cinemateca real, yo estaba allí. Cuando Mikora y Gogoro escaparon con la cinemateca real, Mikora me dijo que saltase y les siguiese a ustedes para poder ocuparnos, más adelante, debidamente de los dos. Y así ha ocurrido.

—Fantástico —dijo con gesto de exagerada admiración Brigitte—. Supongo que Mikora es la negraza aquella tan llamativa, que asesinó al koresiano Umbato en la Embajada de Ausvania.

—Claro.

—¿Y quién era la vieja repugnante que estaba también dentro de la *roulotte*?

—Eso no le importa a usted —masculló el negro.

—De acuerdo. Y ahora, dígame: ¿qué es eso de la cinemateca real? Porque yo no recuerdo haber estado en ninguna cinemateca.

—Los dos estuvieron en la cinemateca —replicó desabridamente el negro—. Y consiguieron lo que no había conseguido nadie antes: escapar de allí pese al gas.

—Oh… ¿Quiere decir que la cinemateca real es aquella *roulotte*, aquella caravana que emplean los turistas amantes de la naturaleza para hacer largos viajes?

El negro la miró enfurecido y gruñó:

—Será mejor que permanezcan callados los dos, o les cerraremos la boca a golpes.

Brigitte pareció a punto de replicar, pero Número Uno la tomó suavemente del brazo y comenzó a sentarse, tirando de ella, obligándola a hacer lo mismo.

* * *

Finalmente, el camión se detuvo. El recorrido había durado aproximadamente hora y media. Al principio, el viaje había resultado cómodo, lo que indicaba que habían viajado por carreteras en óptimas condiciones. Hacia la mitad del recorrido, comenzó el camión a trepidar un poco. Y unos diez minutos más tarde, todavía comenzó a trepidar más, a rebotar con dificultad, y los dos espías comprobaron que la velocidad de la marcha se había reducido considerablemente.

Hasta que se detuvieron.

—Salten —dijo el negro que en todo momento había llevado la voz cantante.

Brigitte y Número Uno se pusieron en pie y se acercaron a la doble puerta trasera del camión, que fue abierta por otro de Tos negros. Habían viajado con la luz del interior encendida, por lo que deberían haber tenido los ojos acostumbrados a la claridad. Pero era imposible comparar una simple iluminación de camión con el resplandeciente sol estival italiano, que pareció, rebotar en la tierra ante ellos, y llegar a sus ojos con una sensación dolorosa. Saltaron los dos, protegiéndose los ojos con una mano, mateniéndolos casi completamente cerrados, y se alejaron unos pasos del vehículo, cuando fueron empujados. Luego, todavía con los ojos entornados oyeron cómo las puertas del camión se cerraban y éste se alejaba.

En pocos segundos, los dos espías acomodaron sus pupilas a la resplandeciente luz solar, y entonces se quedaron mirando, asombrados, ante ellos. Estaban en una situación alta, y al frente solamente se veían montañas. Montañas y más montañas; miraban a donde mirasen, eso era todo lo que veían. Excepción hecha, por supuesto, de la gran casa que había en aquella altiplanicie, a la que se llegaba recorriendo una carretera sin asfaltar, que ahora podían

ver descendiendo siempre en líneas sinuosas entre los espesos pinares.

La casa era enorme. Tenía todo el aspecto de un viejo caserón, en el que tiempo atrás hubiesen vivido varias familias agrupadas. En una de las esquinas se veían todavía restos de lo que, sin duda alguna, había sido un gran castillo. Un gran castillo que había ido quedando en ruinas y que posteriormente había sido aprovechado, en un caos arquitectónico verdaderamente absurdo e increíble.

—¡Santo cielo! —exclamó por fin—. ¿Dónde estamos? ¿Qué sitio es éste?

—Están ustedes en Villa Catania —rió el negro.

—¿Villa Catania? ¿Se refiere usted a esta horrenda muestra de vivienda, por llamarlo de algún modo?

—Así es.

—Pero yo pregunto en qué lugar de Italia nos encontramos.

—Considerando lo poco que habla su amigo, usted habla demasiado —refunfuñó el negro—. Camine hacia dentro de Villa Catania.

Brigitte se tomó de una mano de Número Uno, y los dos comenzaron a caminar hacia la puerta, que se mostraba abierta.

—Esto no se parece precisamente a Villa Tartaruga; ¿verdad, mi amor?

Número Uno no contestó; entraron todos en la enorme Villa Catania y se encontraron en un patio. La puerta fue cerrada, y los seis negros, siempre rodeándolos y amenazándolos, señalaron hacia una gran arcada, en la cual se veía una puerta de cristales.

Reanudaron la marcha, la puerta de cristales fue abierta, entraron dos negros, los otros cuatro hicieron entrar a Brigitte y Número Uno y ellos penetraron detrás.

En seguida vieron a la espléndida negra que había asesinado a cuchilladas al gigantesco negro koresiano llamado Umbato.

—¡Hola! —sonrió la negra—. ¿Cómo están mis peligrosísimos antagonistas de anoche?

Brigitte y Uno desviaron un instante la mirada de la negra llamada Mikora, para mirar al gigantesco negro de cabeza pelada, que estaba de pie tras su sillón. Sin duda, aquél debía ser Gogoro, el que la noche anterior había conducido el remolque. En cuanto a Mikora, llevaba en estos momentos un vestido blanco, que mostraba

la mayor parte de su negrísima epidermis, por supuesto sabiamente confeccionado para que mostrase los turgentes y ciertamente indudables encantos de la negra.

—Menos mal que es usted —dijo Brigitte—. Por un momento temí que nos trajesen delante de aquella bruja negra que había anoche en su… cinemateca.

La negra parpadeó, dirigió una mirada inexpresiva a los negros que custodiaban, siempre metralleta en ristre, a los dos espías, y volvió a sonreír. Al parecer, no concedía demasiada importancia a que Brigitte y Número Uno estuviesen al corriente de que su *roulotte* era una cinemateca.

—La vieja bruja negra, como usted la llama, está descansando —dijo suavemente Mikora Uamba—. Pero no me cabe la menor duda de que, durante su estancia aquí, tendrán más de una oportunidad para verla.

—¿Nuestra estancia aquí? —Alzó las cejas Brigitte.

—Por supuesto. Comprenderá que no los hemos traído para matarlos. Para matarlos no valía la pena molestarse tanto; bastaba dispararles una serie de ráfagas desde el camión, dejarles tendidos en cualquier calle de Roma, y todo lo que habrían tenido que hacer mis hombres, entonces, era regresar aquí simplemente.

—Lo que usted dice es lógico. Lo que no me parece tan lógico es que usted quiera retenernos. ¿De qué podemos servirles aquí?

—Inteligente pregunta —amplió su sonrisa Mikora Uamba, y miró de pronto a Número Uno—. ¿Usted no tiene nada que decir?

Al parecer, no; Número Uno no tenía nada que decir, porque ni siquiera se dignó replicar con un simple no a la negra. Mikora lo estuvo contemplando, atenta y lentamente de arriba abajo, mientras en sus ojos aparecía un destello lúbrico, que hizo fruncir el ceño a Brigitte. Pero en seguida Mikora volvió a sonreír, mirando a Brigitte.

—Ustedes dos son muy hermosos —elogió—. Por lo tanto, les auguro un brillante porvenir en Villa Catania. Naturalmente, desde este mismo instante ustedes están al servicio del BAP… ¿Saben lo que es el BAP?

—Black *Apartheid* Power —asintió Brigitte—. Pero no sabemos cuáles son los objetivos del BAP.

—¿Les gustaría saberlo? ¿Les gustaría saber a los dos cuáles son

los objetivos del BAP y cuál va a ser el papel de ustedes aquí?

—Sí, nos gustaría —admitió Brigitte.

—Pues van a ser informados ampliamente. Y les aseguro que esto es todo un privilegio, pues van a ser los primeros colaboradores del BAP a quienes yo les permita visitar mi cinemateca real.

—¿Quiere decir que vamos a ir ahora a la roulotte donde tiene usted aquel departamento con gas?

—Así es —dijo Mikora poniéndose en pie—; pero no se preocupe usted, porque, tal como están las cosas, no vamos a tener necesidad de utilizar el gas. Están desarmados.

—¿Voy contigo, Mikora? —preguntó el negro gigantesco que había detrás del sillón.

—Naturalmente, Gogoro. Y ya sabes que luego serás tú el encargado de comprobar las posibilidades que la señorita pueda ofrecer para su trabajo en el BAP.

—Oh, sí… —sonrió casi infantilmente Gogoro—. ¡Gracias, Mikora!

—¿Qué ha querido usted decir exactamente con eso? —preguntó Brigitte.

—Que Gogoro se acostará luego con usted. A propósito: ¿cuál es su nombre?

—Marylin Monroe —sonrió Brigitte.

—¿Y usted? —Miró Mikora a Número Uno.

Éste tuvo uno de sus escasísimos rasgos de humor, aunque en realidad se limitó a seguir la corriente a Brigitte:

—Clark Gable.

—Son muy simpáticos los dos —sonrió también Mikora Uamba —, pero no vamos a discutir por unos nombres. De este aspecto ya hablaremos más adelante. Bien entendido que, en lo que a mí respecta, no hay el menor inconveniente en llamarles Marylin Monroe y Clark Gable. Creo que son ustedes los que deberían recapacitar mejor respecto a la utilización de estos nombres.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Brigitte.

—Pues que no sé si trae buena suerte el utilizar nombres de personas ya fallecidas, señorita Monroe.

—¿Es una amenaza?

—No, no, no. De ninguna manera; ya les digo que a ustedes dos los quiero vivos, porque son demasiado hermosos para

desperdiciarlos. Pero antes de proseguir con esta cuestión, que desde luego les explicaré detalladamente, quiero que me acompañen a ver mi cinemateca. Síganme todos.

Tal como Brigitte y Número Uno habían supuesto, efectivamente, aquella construcción extraordinaria y dislocada, medio casa de campo y medio castillo derruido, llamada Villa Catania, era una especie de laberinto en el que haría falta conocerlo a base de tiempo y tiempo recorriendo todos los pasillos, para no perderse por éstos. Pero el camino hasta la cinemateca real no fue en exceso complicado. Simplemente siguieron por el pasillo, giraron a la derecha, luego a la izquierda, luego, a la derecha, luego a la izquierda…, formando así una perfecta línea quebrada que era facilísimo de recordar.

Cuando la línea quebrada de pasillo terminó, desembocaron en otra gran estancia, que todavía tenía en las paredes, sobre todo, detalles de que muchos años atrás había sido una gran cuadra o establo.

Ahora podría decirse que se utilizaba como garaje.

Pero garaje para un solo vehículo, que era el poderoso «Fiat» que todavía estaba enganchado a la gigantesca roulotte, efectivamente de color blanco, con una franja azul. Aunque no era un blanco completo, sino con un ligero tono ocre.

Mikora Uamba señaló con gracioso gesto el gran remolque.

—Hemos tenido que reparar los desperfectos que ustedes causaron anoche. Por suerte, no fueron averías que nosotros mismos no pudiésemos arreglar. Quiero decirles que todo vuelve a funcionar ahora en mi cinemateca de acuerdo a como yo lo concebí.

—O sea, con la trampita del gas —dijo Brigitte con gesto risueño.

—Entre otras cosas —sonrió perversamente Mikora—. Espero que se den cuenta de toda la serie de detalles confortables que van a encontrar. Y, por favor, no me obliguen a ordenar a mis hombres que disparen dentro de la cinemateca. ¿No les parece que sería una lástima estropear un lugar que ha sido instalado, decorado y habilitado con gran cariño?

—Nosotros admiramos todo lo bello —dijo Brigitte—. Así que le garantizamos que ni Clark Gable ni yo vamos a hacer nada que contribuya a estropear su preciosa cinemateca. Sobre todo

considerando que si organizamos alguna pequeña trifulca nos quedaremos sin enterarnos del tinglado que ha organizado usted, y nos arriesgamos, con muchísimas probabilidades en contra, a recibir unos cuantos balazos. ¿No es así, mi amor? —Se volvió a mirar a Número Uno.

Tampoco esta vez despegó los labios Número Uno. Se limitó a mirar a Brigitte, y de Brigitte a Mikora Uamba, que había esbozado una retorcida sonrisilla sarcástica.

—Me pregunto —dijo Mikora— si su amor es mudo.

—Quizá se quedó mudo anoche cuando vio a aquella bruja negra en la cinemateca —dijo Brigitte, dirigiendo un vistazo hacia la gran roulotte—. No me diga que aquel ser esperpéntico está ahí dentro.

—Quizá —replicó secamente Mikora Uamba—. Subamos.

Ella fue la primera en hacerlo, siempre acompañada muy de cerca por el gigantesco Gogoro, que parecía dispuesto a dedicarle su vida por entero, a vigilarla, a cuidarla como si la bella y esbelta Mikora pudiese derrumbarse en cualquier momento.

Cruzaron el pequeño saloncito recibidor, esta vez sin dificultad, porque la puerta que los separaba del dormitorio no fue obstruida por cristal alguno. Desde el dormitorio y utilizando otra puerta, que era de pequeños plafones plegables, pasaron a otro salón, parecido al primero, pero más grande y decorado con un cierto exotismo de reminiscencias africanas.

Aquel saloncito, de unos cuatro metros y medio de largo por unos dos y medio de ancho, era un lugar en verdad confortable y acogedor. A la derecha había un bonito tresillo lujosamente tapizado, y a la izquierda, esto es, enfrente del tresillo, todo el paño de pared estaba ocupado por una librería.

Es decir, parecía una librería a simple vista, pero pronto se vería que aquellos libros eran minúsculos. Y parando atención en ello, se comprobaba que no eran libros, sino pequeños estuches de plástico.

—¿Cada uno de estos estuches contiene una peliculita? —preguntó Brigitte.

—Así es —asintió Mikora Uamba—. Los de la izquierda contienen películas todavía vírgenes, pero al paso que llevamos en la producción «cinematográfica», estarán pronto en las mismas condiciones que las de la derecha, que son filmaciones ya acabadas

y listas para ser proyectadas. ¿Le explico cómo funciona?

—Más o menos me lo imagino —murmuró Brigitte—. Pero creo que será mejor que nos lo explique todo, de principio a fin, para que nada nos sorprenda, y lo comprendamos todo tan bien como usted desea.

—Me gusta cómo habla usted —sonrió Mikora Uamba—. Pero en cambio no me gusta que sea capaz de hablar tanto y tan expresivamente.

—Supongo que esto significa un poquito de celos —sonrió perversamente la espía más peligrosa del mundo—. Se suele decir que dos mujeres hermosas nunca simpatizan. Claro está, es porque cada una de ellas tiene celos de la otra. En nuestro caso concreto, usted tiene celos de mi belleza y de mi inteligencia.

—¿Y usted no de mi belleza y de mi inteligencia? —preguntó Mikora Uamba.

—Qué pregunta tan divertida… —sonrió Brigitte—. ¡Claro que no, querida!

—¿Por qué? —Se irguió altivamente Mikora—. ¿Porque soy negra?

—Esa ya no es una pregunta divertida —movió la cabeza Brigitte—. Es una pregunta idiota. Implica que yo debería sentir desprecio, cuando menos, menosprecio hacia los negros, lo cual es precisamente todo lo contrario a lo que he sentido hacia la gente de su raza.

—¿Nos admira, entonces? —preguntó sorprendida Mikora.

—Ni los admiro ni los desprecio. Cuando trato con una persona no la pongo como prototipo de una raza. Usted; como negra, puede ser magnífica; y como negra, puede ser repugnante. Pero sea una cosa u otra, no va a influir en mi opinión general sobre su raza. Lo que usted haga influirá solamente en mi opinión sobre usted, Mikora.

—Eso quiere decir que es usted antirracista.

—Por el contrario —replicó Brigitte—. Soy la persona más racista del mundo, ya que siento gran predilección, admiración y cariño hacia una determinada raza.

—¿Cuál raza: la blanca?

—No. La raza de las personas que son lo bastante inteligentes para amar a su prójimo.

Mikora Uamba, evidentemente, se desconcertó. Dirigió una rápida mirada a Número Uno, que, por supuesto, permanecía impasible, y luego volvió a mirar a Brigitte. Acto seguido sin encontrar una respuesta adecuada a las palabras de la espía, se sentó en uno de los sillones y señaló el sofá.

—Será mejor que ustedes dos se sienten aquí. Tú, Gogoro, siéntate en el otro sillón y no los pierdas de vista; y vosotros, Buto, permaneced ahí quietos sin dejar de apuntarlos con las armas.

—Le aseguro que no es necesario —dijo Brigitte—. Tanto Clark Gable como yo pensamos aprovechar nuestra estancia aquí para adquirir conocimientos. En el momento en que deseemos hacernos matar, se lo haremos saber con la debida anticipación.

Mikora estuvo mirando a la formidable pareja durante unos segundos, mientras ellos se sentaban y Brigitte se agarraba al brazo de Número Uno y se inclinaba hacia él en dulce y delicado abrazo.

Considerando que la situación estaba ya a su gusto, Mikora Uamba se puso en marcha hacia la parte de aquel salón ocupado por la librería. De un estante pendía una pequeña anilla, en la que introdujo uno de sus dedos. Tiró hacia abajo y a medida que la anilla bajaba, se iba desenrollando una blanquísima pantalla. Quedó fija cuando Mikora enganchó la anilla en un pequeño saliente, unos sesenta centímetros más abajo. De este modo, frente al sofá y los dos sillones quedó ya lista para recibir la proyección una pantalla de unos noventa centímetros de ancha y sesenta de alta. Mikora regresó entonces al sofá, frente al cual había una pequeña mesita baja con algunas revistas, cigarrillos, cenicero… Presionando en un punto del centro de la mesa, ésta mostró un recuadro que giró con un eje que tenía en el centro, y, ocultando aquella parte bajo la mesa, dejó sobre ésta un pequeño proyector ya montado. Sin grandes complicaciones, Mikora Uamba colocó dentro del proyector uno de los estuches que contenía una película.

—¿Han estado antes en alguna cinemateca? —preguntó.

—Imagínese… —dijo Brigitte amablemente—. ¿Cómo no habían de haber estado en una cinemateca Marylin Monroe y Clark Gable?

—Su insistencia por ocupar personalidades de seres ya fallecidos, acabará por darle un disgusto —dijo Mikora—. Pero de todos modos, estoy segura de que nunca visitaron una cinemateca real. Y la llamo real porque, prácticamente, la mayor parte de los

actores que intervienen en los filmes son, o reyes, o familiares de los reyes… En todo caso, las personas… digamos más plebeyas de estas peliculitas suelen ser ministros, secretarios de estado, militares de altísima graduación, y, en fin, la clase de personas que, en determinado momento, pueden tomar decisiones de importancia en su respectivo país. ¿Lo entienden ustedes?

—Naturalmente.

—Muy bien. Voy a proyectarles ahora una peliculita que recoge las actividades… amatorias de determinado príncipe norteuropeo, cuyo nombre es innecesario mencionar, puesto que estoy segura de que ustedes lo identificarán inmediatamente. Veamos la peliculita en silencio y luego podemos cambiar impresiones sobre esta cinemateca que, estoy segura, es única en el mundo.

Mikora hizo una seña a Buto, que estaba situado junto al interruptor de la luz del saloncito convertido en cinemateca real. El negro apagó la luz y la proyección apareció en seguida, proporcionando en todo el saloncito una iluminación más que suficiente para que Buto y sus amigos pudieran seguir controlando a Brigitte y Número Uno.

Pero, además, éstos no tenían la menor intención de entrar en acción por el momento. La atención de ambos estaba centrada con verdadero interés en las imágenes que comenzaron a aparecer en la pantalla. Y apenas aparecieron estas imágenes. Número Uno, que conocía perfectamente el desagrado que sentía Brigitte hacia las cosas que reflejaban mal gusto, volvió la cabeza hacia ella y murmuró:

—No vale la pena que te dediques a contemplar estas cosas.

—No —susurró ella—. Quiero verlas.

—De acuerdo.

—¿Han identificado, ya al protagonista masculino? —preguntó Mikora.

Por supuesto, los dos habían identificado, sin duda alguna, al protagonista masculino de aquella peliculita, realmente porno, que se desarrollaba ante ellos.

—¿Cómo es posible que Su Alteza haya accedido a eso? —musitó Número Uno.

—¡Ah, parece que el guapísimo Clark Gable no es mudo! —Se oyó la voz de Mikora Uamba—. Pues, querido Clark Gable, Su

Alteza ha accedido a eso por dos motivos. Uno de ellos es que cualquier hombre perderla la cabeza ante una mujer de esa belleza, y de esa experiencia en provocar… digamos situaciones extremas. El otro motivo es que esta mujer ha administrado a Su Alteza una droga muy especial, de rudimentaria fabricación africana, y que si la pusiésemos a la venta en el mercado se vendería en enormes cantidades como el más potente afrodisíaco jamás fabricado por el hombre.

—¿Esa mujer ha podido administrarle una droga a Su Alteza? —Volvió, Número Uno la cabeza hacia Mikora—. ¿Cómo es eso posible? ¿Qué clase de relaciones se han producido anteriormente entre Su Alteza y esa mujer para que ella haya conseguido llegar a esa situación inicial de intimidad con el príncipe?

—Es evidente que ustedes han reconocido al príncipe. Pero también es evidente que no han conocido a la mujer. Ella pertenece a una de las más importantes familias aristocráticas de su país, por lo que su relación con la familia real y personajes de la más alta consideración del país es normal, continua y de lo más lógica incluso. ¿Han reparado ustedes en el escenario de… del amor?

—Sí —asintió Uno—. Parece una habitación de un hotel elegante.

—Exacto. Es una reproducción exacta de una habitación de uno de los más elegantes hoteles de Saint Moritz. Si personajes importantes del país del cual es oriundo Su Alteza, vieran esa película, llegarían a la conclusión de que Su Alteza y la dama de los rojos cabellos y los senos sensacionales, se habían encontrado, digamos discretamente, en determinado hotel de Saint Moritz.

—En definitiva, ustedes están sobornando a personas que conviven con los personajes más importantes de Europa, a fin de que atraigan a éstos a una intimidad que se convierte en una… orgía sexual cuando se les administra ese afrodisíaco africano de tan grandes efectos.

—Lo ha explicado usted admirablemente —dijo, entusiasmada, Mikora Uamba—. Lo cual parece sorprendente en un hombre que hasta ahora era mudo. En efecto, yo no podría explicarlo mejor. Pero ocurre que no solamente compramos con dinero a determinadas promesas a hombre y mujeres que están cerca de los personajes reales de Europa, sino que nosotros mismos disponemos

de una… plantilla de servidores sexuales, que saben muy bien conducir tanto a reyes, reinas, príncipes, princesas y personajes de los más altos rangos y mandos de cada país, a situaciones verdaderamente extremas. Siempre, claro está, utilizando esa droga. De un modo u otro, hemos conseguido hasta el momento doscientas dieciocho filmaciones, cada una de las cuales, si se las valorase exclusivamente en dinero, bastaría para convertirnos a todos en millonarios. Pues, naturalmente, cualquier rey o reina pagaría la cantidad que se le exigiera, antes de consentir que de esa peliculita se hicieran gran cantidad de copias y fuesen distribuidas por todo el mundo. ¿Seguimos comprendiendo todos cómo funciona está cinemateca real?

—Por supuesto.

—Todo eso puede ser un truco —dijo de pronto Brigitte—. Puede ser una película trucada.

—¡Oh, no! —exclamó, Mikora Uamba—. Le aseguro que no está trucada en absoluto, señorita Marylin Monroe.

—Demuéstremelo.

—¿Demostrárselo? —se sorprendió la negra—. ¿Cómo podría hacerlo?

—¿Tiene usted alguna proyección del rey Sandor III de Ausvania?

—Mi cinemateca real es tan surtida que ya he perdido el control de los personajes reales que intervienen en nuestro fondo fílmico —dijo irónicamente Mikora Uamba—. Pero puedo consultarlo en pocos segundos en el fichero. Un momento, por favor.

Mikora Uamba detuvo la proyección de la película actual, de tal modo que la última foto quedó fija en la pantalla. Se acercó a la estantería, y abrió un pequeño compartimento, del cual sacó una pequeña libreta de tapas rojas. Se colocó de modo que la luz de la proyección diese de lleno en la libretita, y buscó en la letra A. Cerró la libreta, la colocó en su sitio, volvió a cerrar el pequeño compartimento, y, sin decir nada, buscó en las pequeñas estanterías llenas de estuches con peliculitas. Tomó uno de estos estuches, regresó junto al proyector y retiró de éste la película recién proyectada.

Siempre en silencio, Mikora Uamba colocó el estuche que acababa de retirar de su cinemateca real.

Y cuando el proyector fue puesto de nuevo en marcha, Brigitte tardó sólo tres segundos en comprender que, cuando menos, aquella película no había sido trucada, porque allí, efectivamente, estaba el rey Sandor III, al que ella conocía perfectamente.

Con Sandor, III de Ausvania había, no una pelirroja, ni una negra, sino dos bellísimas muchachas negras, de gran cabellera rizadísima, de modo que ambas parecían llevar un extraño gorro cubriendo sus cabezas. La belleza y perfección de sus agresivas formas era verdaderamente impresionante…, como impresionante era la actitud que Sandor III de Ausvania iba tomando a medida que transcurrían los segundos.

Brigitte no esperó a que la película durase demasiado para volver a cerrar los ojos y musitar:

—De acuerdo. La creo a usted, Mikora. Detenga esta proyección.

—¿Por qué? A usted no le gusta, pero a mis hombres y a mí nos encanta. No todos los días se tiene la oportunidad de contemplar a un personaje real convertido en un tipo vulgar de carne, hueso y sangre, como todos los demás, a fin de cuentas. ¿No les parece admirable que una simple droga y unos naturales deseos puedan convertir a un rey en una… especie de bestia como la que nos está mostrando la pantalla?

—Le ruego que detenga esa proyección —insistió Brigitte.

—No pienso hacerlo —negó Mikora.

—Esas negras no deben ser personas de relación habitual con el rey Sandor III —dijo Número Uno.

—No. Es verdad. En esa ocasión hubo una especie de…, puente, que permitió que Sandor III de Ausvania se relacionase con mis dos pequeñas artistas especiales. Esto fue hace unos tres meses y medio, cuando Sandor III de Ausvania estuvo en África. Digamos que dos de sus habituales acompañantes y digamos guardaespaldas aceptaron unas determinadas compensaciones, a fin de facilitar el encuentro de su rey con mis dos muñequitas.

—Es decir que, de un modo u otro, recurriendo al soborno, usted ha conseguido ir colocando a diversas personas reales de Europa en situaciones como las que estamos contemplando ahora.

—Exactamente. Ya le he dicho a usted que tengo doscientas dieciocho filmaciones, entre personajes reales y otros que, sin ser reales, son de gran importancia. Pero, dada la abundancia de reyes

y reinas, insisto en que yo denomino a este lugar la cinemateca real.

—Está bien. ¿Y cuál es su objetivo final, en definitiva?

Mikora Uamba estuvo mirándolo fijamente durante más de medio minuto. Por fin, como respuesta a la pregunta formulada anteriormente por Número Uno, sólo dijo:

—Eres muy hermoso. Tú y yo vamos a convivir íntimamente durante unos días. Y mientras tanto, yo te iré explicando qué es lo que el *Black Apartheid Power* va a conseguir con la cinemateca real.

—No pienso convivir de ninguna manera con usted —negó fríamente Número Uno.

—Ya lo creo que lo harás —sonrió la negra—. Tengo varios sistemas para conseguirlo. Uno de ellos es amenazarte con privarte de tu propia vida. El otro es utilizar contigo la droga afrodisíaca, que puedo suministrarte en la proporción y cantidad que yo quiera. Y el otro… Me gustaría que vinierais los dos a ver algo que os interesa mucho conocer. Sí. Lo mejor es que, antes de seguir adelante con la definición de nuestras respectivas posiciones, vengáis conmigo, a ver todavía otros detalles interesantes de las… actividades del BAP. Vamos todos.

Mikora Uamba fue la primera en abandonar la cinemateca real. Y tras ella, en el mismo orden de antes, fueron Número Uno, Brigitte y los otros negros. Por supuesto, Gogoro no se apartaba ni un instante de la espléndida Mikora.

Abandonaron el gran establo o cuadra donde estaba la *roulotte* y regresaron al laberinto de pasillos. Esta vez ya no era tan fácil llegar a conclusiones sobre la dirección a seguir, porque los pasillos y habitaciones y salas que fueron cruzando, algunas de ellas medio en ruinas, eran de diversas formas y direcciones.

Finalmente, llegaron a una estancia en la que lo más llamativo que había eran unos amplios peldaños de piedra, que descendían.

Allí todo era muy simple.

El sótano era una gran estancia rectangular compuesta por un pasillo y, a ambos lados de éste, sólidas puertas que cerraban otras tantas habitaciones. O posiblemente pensaron Brigitte y Número Uno, compartimentos que habían sido convertidos en celdas.

Acertaron en esto último.

Pero ni mucho menos esperaban ver aquel horror cuando Mikora Uamba se colocó ante una de las puertas y abrió la pequeña

ventanilla que permitía ver su interior.

—¡Echad un vistazo! —dijo.

Capítulo V

Brigitte y Número Uno miraron a la vez, muy cerca sus cabezas. Y a la vez vieron a las tres mujeres que había dentro de aquella pieza.

Tres mujeres a cuál más horripilante y repugnante.

Les recordaron, de un modo vago, a la vieja negra que habían visto la noche anterior en el dormitorio de la cinemateca real. Las tres habían perdido casi completamente el pelo, y el poco que les quedaba caía como algodón lacio y sucio por la cara. Una cara que estaba también como mordida por las ratas. Sus cuerpos desnudos aparecían llenos de pavorosas pústulas, que supuraban un líquido acuoso. Estaban como aletargadas y solamente se movían para rascarse en un lado u otro de sus cuerpos martirizados por las supurantes llagas.

Brigitte se apartó de delante de la puerta, y Número Uno la imitó.

—¿Qué es eso? —murmuró Brigitte, mirando a Mikora.

—¿Eso…? —se sorprendió cómicamente la negra—. Evidentemente son tres mujeres, señorita Monroe.

—Ya sé que «eran» tres mujeres. ¿En qué las ha convertido usted?

—En sifilíticas, simplemente. O quizá no tan simplemente. Digamos que les hemos inyectado unos virus sifilíticos de alta concentración, que las ha convertido en esa especie de monstruos.

—Me recuerdan a la negra que vi anoche en su cinemateca —musitó Brigitte.

—Es posible. ¿Sabe usted por qué están en esas condiciones esas tres desdichadas?

—No. ¿Por qué?

—Porque fueron utilizadas para inocularles el virus, y luego se dedicaron a complacer los apetitos carnales de tres personajes reales de la corrompida Europa. Es decir, que no hace mucho tres

personajes reales europeos se las han visto y deseado para que sus médicos privadísimos, con toda la discreción del mundo, les librasen de tan terrible enfermedad.

—¿Y por qué hizo usted eso con ellos?

—Porque yo sabía que eran tres personajes que serían muy difíciles de convencer posteriormente. Uno de ellos, por cierto, es una mujer. De este modo, habiendo pasado esa dificultad de salud, les he demostrado que, además de poseer la película que muestra sus actividades, que dieron lugar a esa enfermedad contraída, puedo hacer otras cosas que, en un momento dado, podrían ponerlos en gran evidencia.

—Sigo preguntando cuál es el objetivo de todo esto —dijo Número Uno.

—Todavía quiero mostrarles algo más —dijo Mikora Uamba.

Fue hacia otra de las puertas y también abrió la pequeña ventanilla. Ya sin indicación alguna por parte de Mikora, Brigitte y Número Uno echaron un vistazo al interior de aquella celda.

Y de nuevo los dos espías quedaron impresionados.

Allí dentro, en el fondo, apoyados verticalmente en la pared, había seis ataúdes de cristal. Y dentro de cada ataúd una persona, evidentemente, muerta. Muerta y con los indicativos de haber sufrido la terrible calamidad que significaba la enfermedad que aquejaba a las tres mujeres que acababan de ver.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Número Uno.

—Significa que, a veces, necesitamos cadáveres para que algún posible recalcitrante vea lo que puede sucederle y recapacite antes de tomar decisiones de las que luego podría arrepentirse. Y ahora, señor Clark Gable, la pregunta es: ¿le gustaría a usted que su querida Marylin Monroe entrase a formar parte, primero de los habitantes de la celda anterior, y luego de los ocupantes de esta celda de los féretros?

—No —palideció Número Uno—. Desde luego que no me gustaría.

—Entonces, mi amor —imitó burlonamente Mikora Uamba a Brigitte—, todo lo que tienes que hacer, para evitarlo, es ser conmigo todo lo amable que yo te pida.

—Podría serlo —murmuró Número Uno—. Pero antes quiero que Marylin Monroe se marche de este lugar.

—De ninguna manera, mi amor —siguió imitando Mikora a Brigitte—. Tu Marylin no se va a marchar de aquí por la sencilla razón de que voy a dejar que Gogoro pase unas horas con ella, a fin de averiguar si está capacitada para formar parte de nuestra legión de empleados sanos, que utilizamos para las filmaciones con personajes reales o de otra diversa pero gran importancia internacional. Y yo voy a hacer lo mismo contigo, en definitiva. Luego, cuando tanto Gogoro como yo estemos convencidos de que los dos sois útiles, pasaréis a formar parte de nuestra legión de bellos empleados que viven en Villa Catania, esperando el momento de trabajar.

—Lo que significa que, dentro de poco tiempo, nosotros podemos ser actores de tu cinemateca real —dijo Uno.

—Exactamente. Pero no será antes de que Gogoro y yo demos nuestro visto bueno a vuestras aptitudes. Y ahora piénsalo bien. O accedes a venirte conmigo o dentro de muy poco verás a Marylin Monroe metida en uno de esos ataúdes de cristal. En cuanto a ti, querida Marylin —se volvió Mikora Uamba, hablando ahora ya con frialdad—, piensa bien si prefieres convencer a Gogoro de tus habilidades femeninas o encontrarte con la cabeza de Clark Gable en tus manos. ¿Qué dices?

Brigitte se volvió a mirar a Número Uno, y tras pasarse la lengua por los sonrosados labios, musitó:

—Hasta luego, mi amor.

Número Uno no contestó. Sólo parpadeó y, como si esto fuera todo lo que tuvieran que decirse, ambos parecieron desentenderse el uno del otro. Brigitte se dirigió hacia Gogoro, que la vio llegar con los ojos agrandados por la admiración y relucientes de deseo. La asió por la cintura y la apretó, bruscamente contra su pecho, bajando la cabeza y buscando con su bocaza la de Brigitte. Ésta la apartó en el último instante, y los gruesos labios de Gogoro parecieron aplicarse como enormes ventosas en un lado del cuello de la espía internacional.

Mikora Uamba miró con expresión maliciosa a Número Uno, escrutándolo atentamente, en busca de su reacción íntima. Pero hubiese o no hubiese una reacción íntima, Angelo Tomasini, Número Uno, no la exteriorizó, ni siquiera con el más insignificante gesto o expresión de sus ojos.

Mikora Uamba se acercó a él, le tomó de una mano y dijo:

—Tú ven conmigo.

Número Uno accedió sin esfuerzo ni reticencia al tirón de la mano de Mikora Uamba, y, sin volver, la cabeza ni una sola vez para mirar a Brigitte, se fue con la espléndida negra, de pasmosa estatura.

Recorrieron el amplio pasillo de celdas, abandonaron el sótano y volvieron a caminar por otros pasillos, que la negra parecía conocer perfectamente. Al llegar a determinado pasillo de mayor amplitud, Mikora Uamba señaló las puertas que se veían a ambos lados.

—Estás son las habitaciones en que viven nuestros empleados, en perfectas condiciones para trabajar en cualquier momento que se les exija.

Mikora Uamba dirigió una mirada de reojo a Número Uno. Él parecía indiferente, pero ella, más y más impresionada a cada instante que pasaba. Pese a su considerable estatura, todavía no alcanzaba, ni con mucho, la del espía de los cabellos color cobre y ojos negrísimos, que caminaba junto a ella, aceptando la presión de su mano.

Finalmente, Mikora Uamba empujó una puerta y señaló su interior.

—Aquí viviremos tú y yo durante unos días, Clark Cable —dijo.

Entraron los dos y ella cerró la puerta. Luego se volvió hacia él, le echó los brazos al cuello y tras contemplar ansiosamente el rostro que parecía de piedra de Número Uno, musitó:

—Bésame apasionadamente.

—Está bien —dijo con indiferencia Angelo Tomasini.

—Pero no en la boca —pareció sobresaltarse ella—. Quiero que me beses primero en el cuello y en los hombros…, y quiero que lo hagas con todo tu entusiasmo.

Número Uno ya no dijo nada. Se inclinó, comenzó a besar el cuello de Mikora Uamba y fue descendiendo luego hacia un nombro, regresó hacia la garganta, pasó al otro hombro…

Ella se desasió bruscamente, retrocedió un paso y casi gritó, llameantes de furia los ojos:

—¡Así no! ¡Quiero que lo hagas con más sinceridad y pasión!

—Estoy haciendo todo lo que puedo —replicó Número Uno sin alterarse en absoluto.

—Será mejor que hagas más porque, si no lo consigues y me enfado realmente contigo, sólo tengo que dar un grito y los tres hombres que han quedado ahí afuera se encargarán de, avisar a Gogoro para que haga con Marylin Monroe lo necesario para llevarla a uno de los féretros de cristal. ¿Está bien claro?

—Sí. Muy claro.

—Pues veamos cómo te portas. Voy a apagar la luz.

—¿Vas a apagar la luz? —se sorprendió Número Uno—. ¿Por qué?

—Porque a mí me gusta la oscuridad. Quizá porque soy negra.

Número Uno frunció un poco más el ceño, en verdad sorprendido, pero se abstuvo de hacer más comentarios. Mikora Uamba, en efecto, apagó la, luz y en la oscuridad regresó hasta colocarse frente a Número Uno. Encontró la mano de él y tiró hacia donde Número Uno había visto el lecho.

—Ven —oyóse en la oscuridad la temblorosa voz de la negra—. No perdamos ya más tiempo.

Segundos después, ambos se tendían en la cama y Número Uno notaba en su cuello la seda negra de los brazos de Mikora Uamba.

Pero ciertamente, no pensaba en la negra, ni mucho menos. Pensaba en que en cuanto recibiera la señal de que Brigitte había encontrado el modo de ponerse a salvo de su situación de peligro, él entraría en acción de un modo tal que todos los habitantes de Villa Catania lo recordarían mientras viviesen. Eso, los que quedasen con vida; Porque si a Brigitte le ocurría algo que pudiese perjudicarla o hacerla sentirse tan siquiera un poquito desgraciada, él, Número Uno, no dejaría títere con cabeza en aquel repugnante lugar perdido en las montañas del centro de Italia.

* * *

Gogoro había cerrado la puerta de aquel dormitorio y en seguida se dirigió, con visible entusiasmo hacia Brigitte, que se dejó abrazar por la cintura sin protestar. Incluso, al contrario, sonrió cariñosamente al gigantesco negro.

—Creo que sería mejor que te tomases las cosas con calma, Gogoro —sugirió—. Las prisas, en según qué actividades, restan mucho placer. ¿No lo sabías?

—Sí —sonrió el negro—. Lo sé. Y me agrada comprobar que tú también lo sabes. ¿Qué se te ocurre que vayamos haciendo para alargar la situación hasta llegar a su desenlace?

—Podríamos beber algo fresco y charlar. ¿A qué puedes invitarme?

—Te invitaré después. Ahora es temprano para beber nada. Ya tomaremos un aperitivo que espero te guste mucho. En cuanto a lo de hablar, ¿de qué quieres que hablemos?

—Podemos hablar, por ejemplo, de Enrico.

—¿De Enrico?

—¿No fuisteis vosotros, los de BAP, quienes disparasteis contra la espalda del hombre que se entrevistó en el Trastevere con Umbato, el empleado de la Embajada de Koresia?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —se desconcertó Gogoro.

—Bueno, no es nada difícil de explicar. Umbato, un empleado de la Embajada de Koresia, al que por supuesto sí conocéis.

—Sí. A ése sí lo conocemos. Y efectivamente, es… era un empleado de la Embajada de Koresia, que prestaba servicios para el *Black Apartheid Power*. Pero últimamente habíamos observado un cierto comportamiento anormal en Umbato y nos dedicamos a vigilarlo. Por eso, anoche, cuando Mikora os vio a ti y a él hablando en la recepción de la Embajada de Ausvania, comprendió que había algo peligroso en las actividades de Umbato. Mikora estaba en el jardín y os veía por el ventanal. Cuando Umbato salió y fue hacia la parte del jardín menos iluminada, Mikora comprendió que no era precisamente una cita de amor, y pensó que lo más conveniente era eliminar cuanto antes a Umbato, a fin de evitar que éste te informase de cualquiera de nuestras actividades.

—Lo qué quiere decir —murmuró Brigitte— que Mikora Uamba tenía la impresión de que yo podía ser la enviada de algún servicio secreto o algo parecido de cualquier país.

—Podría ser eso, sí —admitió Gogoro.

—Bueno, en lo que respecta a Umbato, no estabais equivocados. Él os estaba traicionando, pero no conmigo. Yo era una intermediaria entre él y un nombre que hay en Roma, y que ya le había comprado a Umbato otro trozo de película, que supongo él había conseguido en la cinemateca real.

—¿Quieres decir que un trozo de nuestras películas ya ha salido de la cinemateca y está circulando por ahí?

—Así es —asintió Brigitte—. Umbato se la entregó a un hombre llamado Enrico, que a su vez le entregó, de parte del otro, un portafolios con doscientos cincuenta mil dólares. Pero cuando Enrico se marchaba con una cápsula que contenía el pequeño trozo de película, le dispararon por la espalda. Tal como fueron las cosas y considerando la siguiente actitud de Umbato, estamos convencidos de que no fue él. Por lo tanto, pensamos ahora que bien podíais ser vosotros, que estabais vigilando a Umbato.

—Si nosotros hubiésemos sabido antes eso de Umbato, no habríamos esperado a la recepción de la Embajada de Ausvania para eliminarlo —dijo Gogoro.

—Eso es exactamente lo que yo estaba pensando… —murmuró Brigitte—. Lo que significa que, si no fue Umbato, ni fuisteis vosotros, hay otra u otras personas que están interviniendo también en este asunto.

—Eso, claro, aparte de esa otra persona que tenía contratado a ese hombre llamado Enrico, y luego a ti y a Clark Gable.

—Sí, naturalmente. ¿Se te ocurre quién puede ser esa otra persona, o sea, la que disparó contra Enrico?

—No tengo la menor idea. Y tampoco tengo más ganas de conversar. Lo que yo quiero ahora…

—Espera —le contuvo Brigitte, poniéndole una mano en el pecho—. Dime sólo que es lo que realmente pretende el *Black Apartheid Power* y te aseguro que no te arrepentirás de haber perdido unos minutos de conversación conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que estoy segura de que jamás antes has conocido a una mujer que pueda darte lo que yo puedo darte…, si deseo hacerlo.

—Estás bromeando —sonrió ampliamente Gogoro, mostrando su gran y blanquísima dentadura—. He conocido muchísimas mujeres, y sé que ninguna puede darme nada que no me haya dado ya otra.

—Si ésa es tu opinión, no hace falta que sigamos conversando, en efecto.

—¿Qué es lo que me darías tú de especial? —entornó los ojos el negro.

—Contesta a mi pregunta y lo sabrás. Si luego te defraudo, no creo que tengas ningún inconveniente en castigarme como creas que merezco.

—Está bien —asintió el negrazo, sentándose en el borde de la cama, y sentando a Brigitte en sus rodillas—. ¿Qué es lo que quieres saber exactamente?

—Exactamente y solamente dime qué es lo que está tramando el BAP.

Gogoro se quedó unos instantes con el ceño fruncido. Luego, mientras deslizaba sus manazas por las prietas y bellísimas formas del cuerpo de Brigitte Montfort, comenzó a explicar:

—El *Black Apartheid Power* es una organización privada que, por medio de la cinemateca real, se propone controlar no tardando mucho, todo el continente africano.

—¿Cómo es posible que, con esas peliculitas, pretendáis controlar todo el continente?

—Mejor dicho, casi todo el continente. En realidad Mikora y yo nos vamos a conformar con quedarnos toda África, a partir del paralelo quince norte hacia abajo. Desde el paralelo quince norte hacia arriba, se la vamos a dejar a los árabes. Del paralelo quince norte hacia abajo, será solamente para los negros, quienes, por supuesto, seremos los usufructuarios y beneficiarios absolutos de todas las grandes riquezas que África puede ofrecer, tanto en el presente como en el futuro.

—Todavía no entiendo cómo podéis pretender controlar el continente africano, Gogoro.

—Es muy sencillo. Aunque se rumorea que, oficialmente, se van a iniciar pronto una serie de concesiones a los negros de África, nosotros sabemos positivamente que el auténtico poder seguirá estando en manos de los blancos. Con lo que el Apartheid continuará vigente en todo el continente africano. Puestas así las cosas, nosotros hemos decidido hacer nuestro propio Apartheid. Y así hemos creado el BAP, el *Black Apartheid Power*. Lo que pretendemos es que, por medio del chantaje a que someteremos a los personajes que aparecen en las peliculitas de la cinemateca real, éstos presionen a los dirigentes blancos de toda África, de tal modo que dichos dirigentes acepten, al principio, tan solo nuestra secreta dirección política, económica y social en cada país. Y andando el

tiempo, no demasiado, iríamos poniendo las cosas de tal modo que, finalmente, los dirigentes blancos serían realmente apeados de sus situaciones de privilegio, las cuales serían ocupadas por hombres de raza negra, que elegiríamos Mikora Uamba y yo. Como es lógico, estos hombres negros que nosotros iríamos colocando en el poder, serian simplemente unos títeres que Mikora y yo manejaríamos a nuestro antojo. Lo que significa que, en poco tiempo, realmente, insisto que gracias a la cinemateca real, Mikora y yo podremos considerarnos los auténticos reyes del continente africano. Y ciertamente, cuando eso suceda, te aseguro que tardaremos muy poco en conseguir que en toda África no quede ni un solo representante de la raza blanca. De una vez por todas, y para siempre, nosotros, cuando seamos los reyes de África, nos encargaremos de que jamás vuelva a vivir un solo blanco en todo el continente. Eso es el *Black Apartheid Power* y lo que nosotros pretendemos realmente. ¿Necesitas alguna explicación más?

—No —musitó Brigitte—. Ninguna más… Es decir, me gustaría saber qué clase de medidas vais a tomar para aseguraros de que no quedarán hombres y mujeres de la raza blanca en África. Me refiero, claro, a cuando Mikora y tú ya estéis reinando en el continente.

—Las medidas son muy simples. En cuanto vayamos colocando a nuestros títeres en los respectivos puestos de Gobierno, todos los blancos de cada uno de esos países recibirán una orden de marcharse, que deberán cumplir en veinticuatro horas. Si pasadas esas veinticuatro horas todavía permanecen en el país, serán fusilados.

—Pero, Gogoro, en veinticuatro horas no puede ser desalojado un país. No es tan fácil.

—Tendrá que serlo. Los blancos darían así su última muestra de poder. O desalojar por completo el país, por supuesto dejándose todos sus bienes y pertenencias en éste, en veinticuatro horas, o quedarse para siempre en él, bajo tierra. No quiero conversar más contigo —farfulló Gogoro, que se había ido encendiendo—. Eres demasiado hermosa para perder el tiempo en conversaciones. ¡Tiéndete en la cama, pronto!

Mientras decía esto, Gogoro colocaba él mismo en el lecho a Brigitte, tendida de espaldas, y se apresuraba a saltar sobre ella.

Y su boca se cernió, cada vez más ávidamente sobre los sonrosados y tiernos labios de Brigitte.

—Ahora tienes que demostrarme todo eso que me has dicho —jadeó el negro.

Brigitte no contestó. No valía la pena perder el aliento en conversaciones, porque, efectivamente, las conversaciones habían terminado también para la agente Baby. Así que, cuando los gruesos labios de Gogoro estaban solamente a cuatro o cinco centímetros de los suyos, Brigitte disparó, con un golpe seco y potente, perfectamente medido, su puño derecho, colocado el dedo corazón de modo que sobresaliese el nudillo central.

Toda la potencia del impacto del puño derecho de Brigitte estuvo concentrada precisamente en el nudillo, que chascó suavemente en la sien izquierda de Gogoro. Éste emitió un sonido como si acabase de atragantarse con algo, y su cuerpo se envaró súbitamente. Brigitte volvió a golpear a toda velocidad, aterrada ante la idea de que sus primeros golpes fallasen, y el negro, ya prevenido, pasase al ataque o pudiese gritar, avisando a los que esperaban afuera.

Pero no.

En realidad, el segundo golpe de karate llegó a la sien de un hombre que ya era cadáver. Todavía con un extraño ronquido que expelía el último aire de sus pulmones, Gogoro cayó pesadamente sobre Brigitte, que se apresuró a empujarlo hacia un lado y a saltar de la cama. Se volvió y se quedó mirándolo con expresión todavía sobresaltada. En seguida, se dio cuenta de que Gogoro acababa de fallecer.

Se apresuró a registrar la escasa indumentaria del negro, pero como había temido, éste no llevaba arma alguna. En cambio, los hombres que esperaban afuera sí estaban bien armados.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo arreglárselas para avisar a Número Uno de que él ya no debía temer nada por ella y que, por lo tanto, podía pasar directa e inmediatamente a la acción?

Desde luego, intentar escapar por la puerta era poco menos que un suicidio, pues, por hábil que ella fuese luchando, no podría enfrentarse con éxito a las balas que le disparasen tres metralletas a la vez.

En el cuarto aquel había una ventana, desde luego, pero tenía

dos inconvenientes. Uno de ellos era que daba a otra dependencia, no al exterior de Villa Catania. El otro, aún más importante, era que la ventana estaba protegida por unas viejas rejas oxidadas.

¿Y si con tiempo y paciencia encontraba el modo de arrancar, o aunque sólo fuese mover un poco las rejas, para poder salir de aquel cuarto? Porque, una vez en el otro, quizá por allí hubiese más posibilidades de escapar sin ser vista.

Tras mucho buscar por la habitación, Brigitte sólo encontró una cosa que pudiera servirle para sus fines: la hebilla del cinturón de Gogoro. Con ella en las manos, se dirigió a la ventana, y buscó el punto más adecuado de la juntura de piedras, para rascar con la hebilla en la argamasa.

Capítulo VI

Tan sólo diez minutos más tarde, Brigitte estaba sudando copiosamente por el esfuerzo, y, sobre todo, por la tensión a que estaba sometida en aquella lentísima y fatigosa labor.

Y fue entonces cuando, de muy lejos, o quizá cerca, pero amortiguados por puertas y paredes, comenzaron a llegar gritos y estampidos de disparos a oídos de la espía. El silencio, hasta entonces, había sido tal en aquel dormitorio, que durante un par de segundos, Brigitte pensó que, sencillamente, estaba padeciendo alucinaciones acústicas, y aguzó más el oído.

No. No se había equivocado. En efecto, en alguna parte, y no demasiado lejos, se estaba disparando con armas de fuego, cuyo crepitar era ahora más audible.

Estaba Brigitte en el centro del dormitorio cuando la puerta de éste se abrió bruscamente, y Buto entró a toda prisa, con precipitación, de tal modo que casi llegó a tocar a Brigitte, mientras gritaba:

—¡Gogoro, hay intrusos en Villa Cat…!

El sobresalto fue mutuo, desde luego, pero mientras Buto, lanzado y hablando ya, exponiendo las frases que tan rápidamente se habían formado en su mente, perdía el tiempo en esto, la espía reaccionó de otro modo, mucho más eficaz y conveniente para ella. Mientras Buto comenzaba a alzar la metralleta, y en sus ojos aparecía un destello de furia, la agente Baby alzó con fuerza la rodilla derecha, al mismo tiempo que con la pierna izquierda daba un saltito que acabó de colocarla frente a Buto.

La rodilla golpeó en el lugar adecuado, esto es, entre las ingles de Buto, que lanzó un berrido y todavía intentó colocar la metralleta entre él y Brigitte. Pero el dolor era tan intenso que las fuerzas de Buto habían decrecido considerablemente, por lo que Brigitte no tuvo que realizar ningún gran esfuerzo para arrebatarle,

con un seco tirón, la metralleta.

La boca del negro se abrió en un grito de aviso, pero antes de que llegase a pronunciarlo, Brigitte le había apuntado ya con la metralleta y apretó el disparador.

Muy brevemente.

Pero la ráfaga, alcanzando de lleno a Buto, lo arrancó del suelo y lo tiró luego, deslizándose por éste hacia la puerta.

Seguido por Brigitte, que cuando el cadáver del negro se detuvo, saltó por encima y apareció en el pasillo.

Tal como esperaba, los otros dos negros estaban allí. Habían comenzado a alejarse, seguramente dispuestos a acudir al lugar donde sonaban los disparos y los gritos mientras Buto se encargaba de avisar a Gogoro. Pero los gritos de Buto, y sobre todo el crepitar de la metralleta, les había hecho detenerse, y ahora regresaban para ver qué ocurría.

Lo que ocurría lo vieron perfectamente: esto es, que la muchacha con la que Gogoro había pretendido retozar, salía al pasillo, armada con la metralleta de Buto.

Y eso fue todo lo que pudieron comprender los dos negros antes de morir.

Frente a ellos, a unos siete u ocho metros, Brigitte Baby Montfort volvió a apretar el disparador de la metralleta que sostenía a la altura de la cadera, en una actitud perfecta y de completo control de los disparos.

Como Buto, los otros dos negros también fueron arrancados del suelo como por efectos de un vendaval, que los revolcó unos cuantos metros más allá. Y mientras tanto, como antes, Brigitte corría ya por el pasillo, metralleta en ristre, y, por supuesto, dispuesta a disparar contra cualquiera que se interpusiera entre ella y Número Uno, y la libertad.

¿Qué significaban aquellos otros disparos? ¿Qué debía estar pasando y cómo había reaccionado Número Uno al oír aquellos disparos?

* * *

Número Uno había quedado de pronto inmóvil al oír los disparos.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—No pasa nada —jadeó Mikora Uamba, apretando sus brazos en torno al cuello de él—. No pasa nada. No hagas caso de nada.

—Eso han sido disparos. Y no me gustaría que hubiesen sido hechos contra Marylin Monroe.

—No, no… A alguien debe habérsele disparado la metralleta. Sigamos, te lo suplico.

En aquel instante volvieron a sonar más disparos y los gritos humanos llegaron con más nitidez a oídos de Número Uno. Sin vacilar ni un instante, éste saltó del lecho y dirigió la mano hacia el interruptor de la luz.

—No —oyó la crispada, aguda voz de Mikora Uamba—. ¡No enciendas la luz, no!

Mikora Uamba estaba chillando como una rata y tiraba de una sábana con la que, finalmente, pudo cubrirse parte del torso y la cabeza, mientras continuaba chillando.

—¡No me mires, no me mires! ¡No quiero que me veas! ¡No me mires!

Número Uno dejó de mirar a Uamba por el sencillo procedimiento de cerrar los ojos, impresionadísimo, casi aterrado. Y al cerrarlos sólo consiguió que la imagen que acababa de contemplar pareciese proyectarse vívidamente en su cerebro. Una horrenda imagen de una vieja cuyo repugnante rostro parecía comido por cientos de ratas. Una hermosa cabellera negra y rizadísima que, cuando él había encendido la luz, estaba mal colocada sobre la calva cabeza de Mikora Uamba, dejando ver por un lado mechones de cabellos grises y finos, como, lana vieja. Una dentadura postiza blanquísima, que quedaba perfectamente visible, debido a que faltaba la mayor parte de los labios de Mikora Uamba.

Recuperándose de la impresión, Número Uno se inclinó, asió la sábana, y de un fortísimo tirón la arrancó, dejando de nuevo al descubierto a Mikora Uamba. Esto es, a la vieja que habían visto Brigitte y él dentro de la cinemateca real la noche anterior.

—¡No! ¡No! —chillaba Mikora—. ¡No me mires! ¡Se ha derretido todo el maquillaje! ¡No quiero que me mires ahora!

—Sal de la cama —dijo con voz tensa Número Uno—. Tienes que llevarme a toda prisa adonde está tu amigo Gogoro con Marylin Monroe.

—¡No! ¡No quiero salir de aquí! ¡No quiero que nadie me vea, y

menos que nadie tú! ¡Dame la sábana, por favor!

—Sal de esa cama, o te haré salir yo a puntapiés —dijo Número Uno—. No me hagas perder la paciencia, Mikora.

—¡No! ¿Es que no lo comprendes? Yo también adquirí la sífilis, y no pude hacer nada por curármela. Soy un pobre desecho humano que sólo consigue aparecer bella con un maquillaje especial. No quiero ir por los pasillos y que todos me vean como soy en realidad. ¡No saldré de aquí!

—Saldrás de aquí —aseguró Número Uno—. Y me conducirás inmediatamente a la habitación donde Gogoro llevó a Marylin Monroe.

Diciendo esto, el espía asió a Mikora por un brazo y de un tirón la sacó de la cama, colocándola ante él. Conteniendo un estremecimiento al ver aquella carne churretosa, debido a que, en efecto, el calor estaba derritiendo un maquillaje especial, como una pasta que cubría huecos y llagas, Número Uno señaló hacia la puerta.

—Vamos a salir de aquí. Te llevaré sujeta por la nuca y si hay algo que ocurra que no me guste, te aseguro que con sólo dos dedos puedo rompértela. Camina.

—No quiero salir de aquí. ¡No quiero! —chillaba histéricamente Mikora Uamba.

La mano izquierda de Número Uno se cerró en la nuca de aquel horripilante ser. Sin hacer caso de sus chillidos y pataleos, el poderoso espía de metro ochenta y cinco sacó en volandas a Mikora Uamba del dormitorio donde ella había pretendido obtener felicidad de Número Uno.

Afuera, en el pasillo, no había nadie. Los tres negros que habían quedado custodiando la seguridad de Mikora Uamba habían decidido dejar a ésta en su disfrute sin molestarla, mientras ellos corrían hacia el lugar donde, ahora con más claridad. Número Uno seguía oyendo disparos y gritos.

—Indícame el camino, pronto —zarandeó Uno a Mikora por el cuello.

—Por allí, por allí —gritó ella—. ¡Que no nos vea nadie!

Casi corriendo, poco menos que arrastrando a Mikora, Número Uno recorrió aquel pasillo en pocos segundos, unos cuantos cortos tramos más, siguiendo siempre las indicaciones de Mikora Uamba.

Llegaron al dormitorio donde yacía el cadáver de Gogoro y el de Buto, sin haber tropezado con nadie. Y tras contemplar a Gogoro muerto en la cama, y a Buto en el centro de la habitación, y proseguir por el pasillo, vieron tendidos en el suelo los cadáveres de los otros dos negros.

—Vamos hacia la cinemateca —dijo Número Uno—. Guíame hacia allá pronto y bien, Mikora.

Mientras recorrían otros pasillos, los disparos y los ruidos seguían sonando alrededor de ellos, pero sin que acabasen de ver a persona alguna combatiendo. Era un hecho sorprendente en principio, pero muy explicable considerando que todos aquellos pasillos y dormitorios formaban un auténtico laberinto, en el que Número Uno se sentía perdido, y por instantes más y más convencido de que Mikora Uamba le estaba engañando, haciéndole pasar por diferentes sitios, pero siempre sin ir hacia la salida definitiva, la que conduciría a la gran estancia donde estaba la cinemateca real.

De pronto, uno de los negros que habían quedado custodiando la puerta de Mikora Uamba apareció corriendo hacia ellos. Llegaba desarmado, cojeando y con el rostro lleno de sangre, y lo mismo el pecho.

Al verlo aparecer, Número Uno se detuvo y se quedó mirándolo, expectante. Más que mirar a este negro miraba por detrás de él, por si aparecían otros que sí llegasen armados.

Pero no.

Al ver a Número Uno y a Mikora, el negro se detuvo en seco, y, tras desorbitar aún más los ojos al ver a Mikora, miró verdaderamente espantado al gigante que la sostenía casi a peso.

Pareció dispuesto a dar media vuelta y alejarse, sin duda temeroso de Número Uno, pero Mikora lo llamó:

—¡Kato, ven! ¡Ven aquí en seguida, soy Mikora!

El negro se detuvo en seco, y se quedó mirando aquella horrenda aparición, que le daba órdenes con la voz de Mikora Uamba. Tras una vacilación, se acercó a ellos, sin perder de vista a Número Uno, pero dedicando más su atención, horripilado, al monstruo que sostenía el espía.

—¿Eres tú, Mikora? —exclamó.

—Claro que soy yo, hijo de mala madre —estalló la negra—.

¿Qué es lo que está pasando en Villa Catania?

—Han llegado unos hombres blancos muy bien armados, en tres o cuatro automóviles, y nos han asaltado.

—Pero… ¿cómo es posible? ¿De dónde han salido esos hombres, quiénes son?

—No lo sé, Mikora. Sólo sé que son más que nosotros y que están muy bien armados. Están ocupando toda la villa y matando a todos los que nos enfrentamos a ellos. Los actores, los hombres y mujeres hermosos que tienes contratados e instalados aquí, también han tomado armas y nos han ayudado, pero esos invasores están mucho mejor preparados para la lucha, y la están ganando. Yo sólo quiero ahora escapar de aquí, pues todo está perdido, te lo aseguro.

—Está bien. Ven con nosotros, iremos a la cinemateca y nos escapáremos con ella.

Número Uno aceptó, por supuesto, esta decisión. Sabía que si Brigitte había conseguido orientarse, también acudiría a la cinemateca real. No sólo porque parecía el mejor medio para escapar, saliendo directamente al exterior desde el establo donde estaba la cinemateca y el coche que tiraba de ella, sino porque aquella cinemateca, sin duda alguna, era un gran objetivo para un espía.

Mucho antes de lo que pensaba, Número Uno, Mikora y el negro llamado Kato aparecieron en la enorme cuadra que se había habilitado para garaje. Allí estaba la cinemateca real, enganchado el gran remolque al potente «Fiat» que normalmente tiraba de él.

Pero Brigitte Montfort no estaba ni al volante del coche, ni dentro de la cinemateca real.

Número Uno, que se había desentendido de Mikora Uamba y de Kato, para recorrer la gigantesca roulotte en busca de Brigitte, se disponía a salir de la cinemateca real cuando comprendió el error que había cometido.

El negro Kato ya no estaba en la salita recibidor, y, en cuanto a Mikora Uamba, que estaba plantada en el centro del dormitorio, le apuntaba ahora con una pistola, que sin duda había conseguido de algún escondrijo preparado en el dormitorio.

—No te muevas —dijo agudamente la negra—. ¡Si te mueves, te mataré!

—Apártate de ahí —dijo secamente Número Uno, cuyo rostro se

había demudado—. Apártate de ahí o voy a hacerte pedazos.

—Si das un solo paso te mataré —chilló Mikora Uamba—. No quiero que te vayas por ahí y que te maten. ¡Quiero que te vengas conmigo!

Número Uno dio un paso hacia ella dispuesto a todo con tal de salir de aquella roulotte para seguir buscando a Brigitte por toda Villa Catania. En aquel mismo instante toda la roulotte trepidaba y Número Uno comprendió que se ponían en marcha. Entonces significaba que el negro herido no lo estaba tanto que no pudiera conducir, y que, obedeciendo las órdenes de Mikora Uamba, se disponía a huir de Villa Catania, llevándose la cinemateca real, el máximo botín.

—No te acerques más —chillaba Mikora—. No te acerques más o me veré obligada a dispararte y herirte.

Número Uno se limitó a apretar los labios y a dar otro paso en dirección a Mikora. En aquel momento la roulotte se detuvo tan en seco, que Número Uno y Mikora salieron despedidos violentamente hacia la parte del fondo. La negra chocó contra la puerta que separaba el dormitorio de la salita recibidor. El espía tuvo menos suerte: su frente golpeó con fuerza contra el borde de la cama y de allí rodó al suelo, quedando tendido de bruces.

La cinemateca real se puso de nuevo en marcha, tras aquel frenazo, mientras, muy amortiguados y lejanísimos, se oían algunos disparos.

Mikora Uamba, caída en el suelo, vio a Número Uno inmóvil y se quedó mirándolo con expresión aterrada, casi fuera de las órbitas sus ojos. Pero su temor de que el bello y viril ejemplar humano estuviese muerto no era fundado. Número Uno puso las manos junto a su cabeza, se incorporó un poco y sacudió ésta, como queriendo lanzar fuera de ellas las brumas que lo tenían semiinconsciente.

Mikora Uamba comprendió que no dispondría de otra ocasión como aquélla. Se arrastró de modo repugnante hacia Número Uno y cuando éste comenzaba a incorporarse ya con más seguridad y estabilidad, le descargó un golpe con la pistola en lo alto de la cabeza.

Número Uno, simplemente, volvió a caer de bruces y esta vez quedó completamente inmóvil.

Capítulo VII

Tras aquel fuerte frenazo y aquellos disparos y después de haber rodado a buena velocidad apenas un par de minutos, la roulotte volvió a detenerse de nuevo bruscamente, zarandeando el desvanecido cuerpo de Número Uno y haciendo rodar por el suelo y sobre él a Mikora Uamba. La cual se puso en pie rápidamente y lanzó un grito de furia.

—Kato, ¿qué estás haciendo?

Seguramente, su voz no llegó a atravesar las blindadas paredes de la roulotte, y, comprendiendo que por este procedimiento no se haría entender por su sicario, Mikora cruzó el dormitorio, luego el saloncito destinado a cinemateca y abrió la puerta del fondo, que comunicaba con la parte trasera del automóvil.

En aquel momento, del automóvil se apeaba, no Kato, como Mikora Uamba podía esperar lógicamente, sino la hermosísima mujer de los largos cabellos negros y los grandísimos ojos azules. Mikora quedó petrificada por la sorpresa. Por su parte, Marylin Monroe, con los largos cabellos al aire, corría, alejándose del coche, hacia los pinos que había a un lado del camino.

¿Cómo había llegado aquella mujer allí? Y además, tenia una metralleta…

En el súbito silencio que se había hecho, Mikora Uamba comenzó a oír de pronto el rugir de los motores que se iban acercando.

Y entonces comprendió.

Recorrió la roulotte del extremo delantero al trasero, y entonces abrió la doble puerta, de modo que podía ver la carretera. Es decir, el camino de tierra que conducía hacia Villa Catania.

Un camino tortuoso y ascendente por el que, envueltos en polvo, se veían bajando tres automóviles, por cuyas ventanillas asomaban los rostros de algunos hombres, y las armas que empuñaban.

Mikora Uamba, que en plena juventud física se había convertido en un ser repugnante, debido a la enfermedad contraída en una vida de depravación, estuvo quizá tres o cuatro segundos contemplando aterrada cómo aquellos vehículos se iban acercando a su cinemateca real.

Aquella maldita mujer debía haber continuado la huida en lugar de detenerse para quedar a merced de aquel grupo de hombres que, ahora lo comprendía claramente, debían haber matado a todos sus secuaces y empleados hermosos de Villa Catania y que ahora se disponían, por supuesto, a hacer lo mismo con todos los ocupantes de la cinemateca real y apoderarse de ésta.

Pero en lugar de huir, Marylin Monroe había detenido el coche que tiraba de la roulotte y había corrido hacia los pinos.

Y de pronto, en un instante, Mikora Uamba comprendió todo lo que había sucedido. El frenazo y los disparos que había oído cuando Clark Gable cayo de bruces, quedando por unos minutos a su merced, se debían a que Marylin Monroe había amenazado a Kato cuando éste salía del establo conduciendo el coche y entonces ella había disparado, matándole. Inmediatamente se había puesto al volante del coche y había continuado la fuga; y si ahora se detenía y se agazapaba entre los pinos era porque pensaba tender una emboscada a aquellos hombres…

¿Cómo podía una sola mujer tender una emboscada a los hombres que llenaban tres automóviles?

La voz de Marylin Monroe llegó nítidamente hasta Mikora Uamba, ahora que ella tenía medio abiertas las puertas de atrás de la roulotte.

—¡Uno, sal de la cinemateca por si alguno de los coches se estrella contra la roulotte!

Mikora se estremeció. Aquella mujer sabía qué Clark Gable estaba dentro de la cinemateca y, por supuesto, estaba convencidísima de que era él quien controlaba la situación. Pero ella se iba a encargar de desengañarla, si es que la hermosa mujer de los ojos azules conseguía salir con vida del enfrentamiento contra aquellos hombres que ya estaban muy cerca de la cinemateca, en la última curva…

Fue entonces cuando la metralleta que Mikora había visto en manos de Marylin Monroe comenzó a funcionar.

El parabrisas del primer coche que apareció en la última curva, saltó como en una lluvia de millones de diminutos brillantes y al mismo tiempo reventaban la rueda delantera izquierda, y la rueda trasera izquierda. El coche, como envuelto en diamantes y brillantes, que destellaban al sol del mediodía, dio un par de vueltas de lado, se salió de la curva, fue a estrellarse contra unos pinos y en el acto quedó envuelto en una gran llamarada que desprendió una gigantesca bola súbita de denso humo negro.

Un instante más tarde, el segundo coche recibía también la ráfaga en el cristal parabrisas, que volvió a convertirse en una lluvia de brillantes. Este coche fue aún menos afortunado que el primero, pues salió de la curva, pasó entre algunos pinos y comenzó a descender por la ladera…, mientras se incendiaba y seguía cayendo dando vueltas sin cesar hasta el fondo del pequeño valle.

El tercer coche fue el más afortunado.

Es decir, no el coche, sino sus ocupantes. Los disparos de la metralleta no alcanzaron esta vez los cristales, sino tan sólo la rueda delantera izquierda y el coche dio una vuelta de campana y fue a quedar tendido de lado en el centro del polvoriento camino. Inmediatamente, de su interior salieron a toda prisa y empujándose unos a otros, cuatro hombres desarmados, sin más objetivo y ocupación que la de escapar cuanto antes del vehículo.

Pero este vehículo ni siquiera se incendió. Y mientras los hombres desarmados corrían alejándose de él y por supuesto del lugar desde donde había disparado la metralleta, Marylin Monroe, ya sin querer complicarse más la vida, regresó corriendo al coche «Fiat», saltó al volante y un instante más tarde, Mikora Uamba tenia que apresurarse a cerrar la doble puerta del fondo de la roulotte, para evitar caer fuera de ésta, cuando todo el vehículo arrancó.

Sujetándose a donde pudo, Mikora Uamba regresó al dormitorio, donde Clark Gable continuaba tendido en el suelo. Mikora sabía ahora perfectamente lo que iba a hacer Marylin Monroe dentro de poco: cuando se considerase a salvo, lejos del alcance de los hombres que habían quedado con vida, detendría la cinemateca y pasaría a reunirse con el hombre que amaba para tomar decisiones entre ambos.

Y en efecto así sucedió.

Apenas siete u ocho minutos más tarde y aprovechando una

pequeña explanada que había a un lado del camino de tierra, Brigitte Montfort detuvo el coche y, tras él, la enorme roulotte.

Por la puerta de ésta que permitía ver el coche, Mikora Uamba se dedicaba a mirar. Llevaba allí ya lo menos tres o cuatro minutos, empuñando la pistola y esperando su momento. Ahora, la mujer de los ojos azules saldría del coche y caminaría junto a éste, para después de hacer lo mismo junto a la roulotte llegar a la parte de atrás y entrar. Y cuando ella apareciese en su línea de tiro sería cuando la mataría.

Así sucedió. En cuanto se detuvo el coche, Brigitte se apeó y se dirigió hacia la parte de atrás, cerrando con fuerte chasquido la portezuela. Mikora Uamba vio primero solamente la cabeza y parte de los hombros, pero en seguida pudo ver todo el espléndido cuerpo de la espía internacional ante la línea de tiro de su pistola.

—Vas a morir, maldita —mascullo la horrenda negra, alzando la pistola.

Fue entonces cuando Mikora Uamba notó el contacto en su nuca. Conteniendo un respingo, intentó volverse para ver qué sucedía.

Pero ya Mikora Uamba no pudo hacer nada. Su cuello crujió como una frágil caña seca entre las poderosas manos de Angelo Tomasini, Número Uno.

Éste dejó caer al suelo el cadáver, regresó al compartimento de la cinemateca real, cruzó el dormitorio y el comedor salita y abrió luego la doble puerta, justo cuando Brigitte quedaba delante de ésta, naturalmente, en el exterior.

—¡Hola, mi amor! —sonrió Brigitte, mirándole de abajo arriba —. ¿Todo bien por aquí?

—Sube —dijo él; y en inesperado rasgo de humor, en verdad sorprendente en él, añadió—: Te invito al cine.

Capítulo VIII

Angelo Tomasini detuvo el coche y miró a su vecino de asiento, Christian Wolf, que estaba contemplando ya, asombrado, la gigantesca roulotte, que había sido colocada en un lugar cercano a la playa de Ladispoli.

Era un lugar poco agradable, áspero, y en él destacaba la enorme mole de la roulotte. El coche era el que estaba utilizando Angelo Tomasini tras desengancharlo.

—¿Todo el material está ahí? —musitó Wolf.

—Así es —asintió Número Uno—, y creo que ha llegado el momento de tomar decisiones definitivas sobre él.

—Todo este asunto ya habría terminado si ustedes no se hubiesen enfrentado a mis hombres —murmuró Christian Wolf.

—En primer lugar, señor Wolf, nosotros no sabíamos que eran sus hombres los que habían atacado Villa Catania. ¿Cómo podíamos saber que ellos también nos vigilaban?

—Pero era para protegerles, por si ustedes necesitaban ayuda en cualquier momento —musitó Wolf.

—Bueno, no le discuto a usted la veracidad de esto. Pero nosotros no lo sabíamos. Admito que fue una inteligente acción por parte de ellos no oponerse a que se nos llevasen con el camión y limitarse a seguirnos para saber dónde estaba toda aquella gente, y, tras saberlo y organizarse alrededor de Villa Catania, proceder al ataque. Pero insisto en que nosotros no sabíamos nada sobre esto. Para nosotros, todos eran enemigos. Así que los dejamos a todos en la estacada y vinimos a buscarlo a usted. Respecto a los que murieron, lo lamento, pero esta clase de gente saben muy bien a lo que se exponen; y sobre los que quedaron, ya le digo que no quiero ningún trato con ellos. Por eso le he recogido a usted a mi manera, de tal modo que no nos han podido seguir. La conversación final y el acuerdo correspondiente tiene que ser a solas.

—¿Y dónde está Carla, su amiga rubia?

—Bien… Al decir a solas he querido decir entre nosotros tres. Carla nos está esperando en la cinemateca. ¿Vamos?

Se apearon los dos del coche «Fiat» y fueron hacia la roulotte. Apenas se habían detenido ante ésta cuando las puertas se abrieron, dejando ver a la rubia y espléndida Carla, que sonrió simpáticamente.

—¿Qué tal, cómo ha ido el viaje, señor Wolf?

Éste emitió un breve gruñido y subió a la roulotte. Número Uno lo hizo tras él, y segundos después los tres llegaban a la cinemateca.

Allí todo parecía estar preparado para la proyección del primer filme erótico político.

Número Uno señaló el sofá a Christian Wolf y cuando éste se sentó, él hizo lo mismo en uno de los sillones. Frente a él, en el otro sillón, se sentó la rubia Carla, que miraba con amable sonrisita a Wolf.

—Bueno —gruñó éste—, si nos sentamos todos… ¿quién va a realizar la proyección de la primera película para convencerse de que estamos ante el gran material?

—La vida es muy corta, señor Wolf —dijo Carla—, pero si se sabe administrar bien hay tiempo para todo. ¿Se lo has dicho ya, mi amor?

Número Uno negó con un gesto. Luego, mirando atentamente a Chrístian Wolf dijo:

—He esperado hasta ahora para decirle que Carla piensa que no es usted lo que parece, señor Wolf.

—¿Que no soy lo que parezco? ¿Qué quiere decir con eso?

De la parte de la mesita que no había basculado para dejar visible el proyector, Carla tomó una boquilla de marfil y brillantitos y se la colocó entre los labios. Luego se acercó a Chrístian Wolf, alzó una manita, que fue a caer sobre la cabeza del británico y, de pronto, dio un tirón…, arrancando la oscura cabellera de Wolf, y dejando al descubierto unos cabellos blancos y perfectamente recortados.

Chrístian Wolf pegó un brinco en el asiento y luego se quedó mirando con ojos desorbitados a Carla. Miró a Número Uno, volvió a mirar a Carla y de pronto esbozó una sonrisita.

—Son ustedes muy listos, ¿verdad?

—Bastante. Aún seremos más listos si nos convencemos de que usted es usted, cuando se quite las lentillas de contacto… ¿Quiere hacerlo, por favor?

Christian Wolf sonrió de lado, como siniestramente, y en efecto, con cuidado, retiró las lentillas de contacto de color oscuro que protegían sus pupilas de un clarísimo tono azul. Volvió a quedarse mirando a Carla que, sonriendo exquisitamente, dijo:

—Si no me equivoco, es usted el general británico al que nosotros, para no mencionar nombres, estábamos denominando como «Monty». ¿No es así, mi general?

—Usted está loca —aseguró Wolf.

—¿Eso piensa? ¿Quieres apagar las luces, por favor, mi amor?

Número Uno apagó las luces y Carla proyectó en la pequeña pantalla de la cinemateca real el microfilme que estaba preparado; y por supuesto, el microfilme era aquel en el que aparecía el general británico… que, sin la menor posibilidad de duda era el mismo hombre que ahora con su verdadero aspecto de cabellos blancos y bien recortados y ojos azules, parecía mayor, y desde luego más interesante que lo había sido hasta entonces con el aspecto de Christian Wolf.

—¿Detengo ya la proyección, mi general? —pregunto con amable socarronería Carla.

—Sí. Es mejor que lo haga.

Cesó el zumbido del proyector y un instante después la luz volvía a encenderse.

Para entonces parecía que la situación había cambiado muy desfavorablemente para Número Uno y la rubia Carla. Eso podía desprenderse fácilmente viendo que Christian Wolf, es decir, Monty, estaba apuntando directamente al pecho de Carla con una pistola.

—Si alguno de los dos se mueve, la mataré a ella —dijo Wolf Monty.

—Nos ha sorprendido usted, mi general —se aterró graciosamente la bellísima Carla.

—¿Quiere decir que usted ya esperaba esto por mi parte? —La miró furiosamente Monty.

—Naturalmente, mi general. Por eso su pistola no nos preocupa. Estamos seguros de que vamos a llegar los tres a un acuerdo muy conveniente.

—No vamos a llegar a ningún acuerdo —sonrió siniestramente el general Monty—. Y les diré por qué. Cuando Umbato vino a verme y a decirme que tenía un material que me interesaría muchísimo, relacionado conmigo y con cierta negrita, comprendí que me hallaba en gravísimo peligro. Pero después de una serie de conversaciones con Umbato, mucho más completas de lo que les he dicho a ustedes, llegué a la conclusión de que, puesto que yo no era el único que se hallaba en situación de ser chantajeado, podía orientar las cosas de modo que fuese yo el único beneficiado.

—¿De qué modo, mi general?

—¿Saben ustedes lo que pretendían exactamente los del BAP?

—Por supuesto. Gogoro, un negro gigantesco y que tenía ciertas pretensiones con respecto a mí, fue tan amable de explicamos todos los proyectos y pretensiones del *Black Apartheid Power*.

—Bien. Pues a mí, realmente, lo que el BAP consiguiese en África me tenía sin cuidado. Pero sí sabía yo, con toda seguridad, que si conseguía todo el contenido de esta cinemateca real, podría muy bien ir orientando las cosas a mi manera en toda Europa. ¿Se dan cuenta de lo que esto significaría para un solo hombre?

—Sí. Nos damos perfecta cuenta. ¿Y qué haría usted con toda Europa en su poder, mi general?

—Bueno —rió jubilosamente Christian Wolf—. ¿Se imaginan ustedes el poder que podría empezar a tener un hombre que en principio pudiese controlar las acciones políticas de Europa y África?

—Sí, sí. Todo eso nos lo imaginamos. La pregunta es: ¿con qué objeto? ¿Para qué querría usted todo ese poder?

—¿Para qué querría todo ese poder? —se sorprendió Wolf—. Para lo mismo que todo el mundo: para ser el más poderoso y utilizar a mis semejantes siempre en mi propio y exclusivo beneficio. ¿No les parece que eso es lógico?

—Lo siento por usted —dijo Número Uno.

Wolf se volvió a mirarlo, cada vez más sorprendido.

—¿Lo siente por mí? No comprendo.

—Algún día quizá Brigitte y yo encontremos a alguien que valga la pena para colocarlo en la órbita que lo conduciría finalmente a ostentar un gran poder mundial —musitó el mejor espía masculino de todos los tiempos—. Pero, ciertamente, hasta ahora sólo nos

hemos encontrado con sucias ambiciones personales que no reportan provecho, alguno para la humanidad. ¿He expresado bien tus pensamientos, mi amor?

—Oh, sí mi vida —asintió plácidamente Brigitte—. Ni yo misma lo habría hecho mejor. Por lo tanto, tendremos que eliminar al general Monty. ¿Estás de acuerdo…?

—Lo que tú digas —asintió Número Uno, no menos plácidamente—. Pero me gustaría hacerlo a mí, porque ahora sí estoy convencido de que fue él quien disparó contra Enrico. ¿No fue así, Wolf?

—En efecto… —sonrió, el desconcertado Christian Wolf—. Fui yo quien disparó contra ese Enrico porque, después que se hubo entrevistado con Umbato, yo no podía correr el riesgo de que, antes de entregarme la peliculita que contenía la cápsula, la viese y obtuviese alguna copia. Lástima que… ¡Un momento! —exclamó, de pronto—. Si esta película es la que llevaba Enrico para mí, ¿cómo es que la tienen ustedes?

—Porque Enrico no murió, general —dijo la rubia Carla—. Tampoco le vio a usted, desde luego, así que todas nuestras suposiciones han estado basadas en la lógica, y en que el aspecto de usted me resultó vagamente familiar. Luego, atando unos cabos y otros, hemos llegado a la conclusión de que solamente usted pudo atentar contra Enrico. Lo que no comprendemos es que, si estaba dispuesto a matar al intermediario, decidiese utilizar tal intermediario. ¿No le habría sido mucho más fácil, sencillamente, recoger usted mismo la cápsula de manos de Umbato?

—No. Porque después de nuestros contactos en Londres, yo temía mucho que tanto Umbato como yo estuviésemos vigilados, y yo no quería, de ninguna manera, que me viesen relacionarme más con él.

—Entiendo. ¿Tienes algo más que preguntar, mi amor? —preguntó Brigitte a Número Uno.

—No, mi vida —movió la cabeza el espía—. Por mí puedes matarlo cuando quieras.

Christian Wolf soltó una carcajada.

—Ustedes están locos —exclamó acto seguido—. ¿Cómo pueden pretender…?

No dijo nada más. La rubia Carla hinchó un instante las mejillas

y sopló suavemente en la boquilla de marfil y brillantitos que tenía entre los dientes. A dos metros y medio escasos de ella, Christian Wolf, alias el general Monty, notó un pequeñísimo pinchazo en un lado del cuello, como si le hubiese picado un mosquito. Su reacción instintiva fue llevarse la mano allí, pero ni siquiera llegó a tiempo de completar el gesto. Todavía estaba su mano en el aire cuando Christian Wolf se derrumbaba al suelo, muerto fulminantemente por el poderosísimo veneno de que estaba impregnado el diminuto dardo disparado por la rubia y bellísima Carla.

Este es el final

—¿Y qué más pasó? —preguntó Enrico con los ojos muy abiertos mirando de uno a otra.

—Pues pasó —explicó Angelo Tomasini— que dejamos allí el cadáver del general Monty y nos fuimos.

—Pero, *signore*… La cinemateca real. ¿Qué pasó con la cinemateca real?

—Pues, desgraciadamente —deslizó, Brigitte con tono cariñoso —, después de matar al general Monty a mí se me ocurrió utilizar la boquilla para lo que había sido expresamente y concretamente fabricada, o sea para fumar. Así que puse un cigarrillo en la boquilla, encontré cerillas, encendí el cigarrillo y, claro está, cómo lo que iba a fumar era el cigarrillo y no la cerilla, tiré la cerilla al suelo.

—¿Y qué pasó? —exclamó Enrico.

—Pues no me explico cómo, había por allí un poco de gasolina vertida, y la cerilla, casualmente, fue a caer sobre la gasolina. Imagínese, Enrico, la llamarada que brotó del suelo. El *signore* y yo nos asustamos muchísimo y como quiera que parecía que había por allí mucha gasolina y todo comenzaba a arder como si estuviésemos en el mismísimo infierno, pues… Claro, el *signore* y yo nos apresuramos a abandonar la cinemateca real.

—¿Quiere decir que toda la cinemateca, con todo su contenido, ardió?

—Así es. Oh, pero no había peligro para nadie, Enrico, no debe preocuparse. Recuerde qué la cinemateca real había sido desenganchada del coche en un lugar descampado y arenoso, donde ni podía perjudicar a nadie ni había el menor riesgo de incendio.

Enrico, tendido en el camastro del pequeño y miserable cuartucho de la casa de Pierino en el Trastevere, estuvo tres o cuatro segundos mirando vivamente de uno a otro espía, ambos

sentados junto a él, contemplándole cariñosamente.

Y de pronto, el buen Enrico soltó una carcajada, todo lo poderosa que le permitía su estado físico, aún muy débil.

—Ustedes lo hicieron todo a propósito. No querían que nadie supiese nada de la cinemateca real y que nadie pudiese jamás utilizar todas aquellas peliculitas. Así que lo quemaron todo a propósito.

—Qué mal pensado es este Enrico —dijo Brigitte, como apesadumbrada, volviendo la cabeza—. Tienes unos amigos realmente desconfiados, mi amor.

—Eso nos pasa a todos los que llevamos mala vida —casi sonrió Número Uno—. ¿Verdad, Enrico?

—Sí, *signore* —rió el joven italiano—. Es verdad, nosotros los espías y los que trabajamos para los espías llevamos muy mala vida. ¿Y saben qué se me está ocurriendo para arreglar un poco esto, *signore*?

—¿Qué se te está ocurriendo? —se interesó Número Uno.

—Pues que como yo ya estoy bien, y saldré de ésta y usted ya se ha ocupado de que se me cuide adecuadamente como un rey, lo mejor que pueden hacer ustedes dos es volver a Villa Tartaruga… y llevar allí muy buena vida. ¿Qué le parece mi idea, *signore*?

—Al *signore* no sé qué le parecerá tu idea —dijo Brigitte Baby Montfort—. Pero en lo que a mí respecta, Enrico, te aseguro que voy a proponerte para el Premio Nobel de las Buenas Ideas.

—¡Gracias, *signorina*! —rió Enrico de nuevo.

—Y aunque yo no tengo ninguna cinemateca real para hacer presión sobre gente importante, te aseguro que conseguiré que te den ese premio.

FIN

EDICIÓN CONMEMORATIVA



"Más libros, más libres"





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION

